

Selección

TERROR

"MISTER MACABRO"

CURTIS GARLAND

Era como un profundo, sibilante jadeo, el sonido de una voz inhumana o acaso de una bestia desconocida.

Un arrastrar siniestro llegó del fondo del oscuro sótano. Todo el sótano olía a humedad, a abandono. Y a algo más.

Algo que, de momento, no logró identificar, pero que le causó profundas náuseas. Luego, comprendió que era el hedor de la propia Muerte, el fuerte olor nauseabundo a carne putrefacta, a corrupción, a hediondez…

Descubrió primero a ella, encogida, petrificada, con ojos dilatados de horror, allá en un rincón del sótano, tras unos quinqués hechos añicos y de una lata de queroseno volcada. El color de su rostro, de sus manos temblorosas era níveo.

Tenía motivos para sentir terror, para mostrar aquel rostro despavorido, aquella mirada extraviada, fija en el horror viviente que se movía hacia ella…

Si es que «aquello» era, en realidad, un ser viviente y no un cadáver ambulante, un cuerpo corrompido, surgido de la tumba, regresando de la Muerte…



Curtis Garland

Míster Macabro

Bolsilibros: Selección Terror - 174

ePub r1.0

xico_weno 18.10.17

Título original: *Míster Macabro*
Curtis Garland, 1976
Ilustraciones: Salvador Fabá

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2





SELECCION
TERROR

CAPÍTULO PRIMERO

EL tren se había detenido con un prolongado, quejumbroso chirriar de ruedas sobre el hierro de las vías.

Por entre aquéllas, escapaban nubes de vapor apestando a carbonilla. Un penacho de humo negro flotaba irritante sobre la vieja locomotora jadeante.

A través de la lluvia, racheada por el fuerte viento, apenas si eran visibles las débiles luces amarillentas de la pequeña estación provinciana, vieja y descuidada, con sus rojos muros de ladrillo y su largo y desolado andén de suelo de piedra. Algo más allá, la forma de un depósito de agua para locomotoras, se siluetaba borrosamente contra el negro de la noche, gracias al reflejo rojizo de unas luces de tráfico ferroviario.

El viajero puso un pie en el estribo del vagón. Miró hacia el exterior con disgusto. No es que el vagón del tren fuese demasiado confortable, pero al menos allí dentro no mojaba la lluvia, que sólo se estrellaba contra las ventanillas mal ajustadas, salpicando de vez en cuando, muy ligeramente, a los soñolientos viajeros acomodados en los asientos de pana verde sucia. Y tampoco las fuertes ráfagas de viento habían hecho durante el viaje otra cosa que hacer temblar los mojados vidrios de las ventanillas, o provocar chirridos en la vieja madera de los vagones.

Ahora, era diferente. Muy diferente. En el exterior, oscuro como boca de lobo, lluvia y viento formaban una inhóspita recepción al viajero que debía abandonar el convoy en su estación de destino.

Quiso estar plenamente seguro de que no se confundís, de lugar, y buscó con ojos escudriñadores el nombre de la desierta estación. Un tablero, movido por el viento, y sobre el que chorreaba la lluvia en forma copiosa, se lo reveló, a la claridad difusa de un farol de luz sucia y tristona:

«WAKEGATE»

Wakegate… No era una población muy conocida. Pero su nombre podía confundirse con otros muchos de pequeñas localidades británicas situadas en Yorkshire. Sin embargo, para él no cabía confusión. Wakegate era su lugar de destino. Y en Wakegate estaba, mal que le pesara.

Suspiró, resignado. Descendió definitivamente, con su maleta en una mano, alzando con la otra el cuello de su sobretodo oscuro, y ajustándose lo mejor posible el sombrero, para protegerse de la lluvia, que azotaba ahora su rostro, movida por bruscas y cambiantes rachas de viento.

Pisó el andén. A sus espaldas, quedaban los vagones del tren, con sus hileras de luces cuadrangulares. Un funcionario de ferrocarriles le contempló desde otra plataforma, e hizo un gesto a alguien situado en la estación, al tiempo que hacía sonar un silbato.

En la estación, una sombra oscura se movió pesadamente, agitó un fanal en la noche, con luz verde en su vidrio, y movió una bandera enrollada, dando salida al convoy. Éste resopló de nuevo, emitió dos silbidos prolongados, y comenzó a trepidar, a medida que se ponía en marcha.

Arrancó pesadamente, como con pereza. Las luces desfilaron, trazando un lúgubre juego de luces y sombras en el largo andén solitario y sobre los rostros del viajero y del jefe de estación. Éste, con rostro soñoliento y malhumorado, rezongó algo entre clientes y se encaminó a la única puerta iluminada, con el vidrio sucio de polvo, barrillo de lluvia y mugre y algunas grietas cubiertas con papel adhesivo, haciendo pendular perezosamente su farol.

—Un momento, por favor —rogó el viajero, encaminándose a él.

—¿Si? —El otro, como a regañadientes, giró la cabeza, mirándole con expresión poco amistosa, bajo la visera de su gorra de plato.

—Veo que el pueblo no es visible desde aquí, al menos con esta noche…

—No, no lo es —sacudió la cabeza pesadamente el Jefe de estación—. Tampoco lo seria con luna llena y cielo despejado. Está tras aquel cerro. A cosa de una milla de aquí.

—Una milla… Es mucha distancia, para recorrerla de noche, con este tiempo…

—Sí, es mucha distancia —el jefe de estación le contempló con

cierto disgusto por verse entretenido allí fuera, bajo clima tan intempestivo—. No encontrará ningún coche ahora. Ese tren no acostumbra a dejar viajeros en Wakegate.

—Ya. ¿No hay algún lugar aquí, en los alrededores de la estación, donde pueda quedarme a pasar la noche? De día, aunque haga mal tiempo, ya será distinto.

—Me temo que no existe un sitio como el que usted dice —rechazó el jefe de estación, volviendo a negar con la cabeza—. Tendrá que ir al pueblo. O quedarse aquí, bajo la marquesina del andén, a pasar la noche.

—Pero…, pero eso es imposible, Me calaría hasta los huesos. El viento es frío. ¿No hay en la estación alguna dependencia, cuando menos, donde pueda…?

—No, no la hay —cortó secamente el otro, llegando a la puerta de su dependencia—. La sala de espera está cerrada con llave. No acostumbra a ser abierta. Lo siento, amigo. Buenas noches.

—Si, al menos, pudiera saber si Hartfield Manor está antes del pueblo o más allá… —suspiró el viajero.

—¿Cómo? —Se paró en seco el jefe de estación. Le miró de soslayo y, a la luz cruda de la lámpara, que ahora sostenía junto a su cabeza, el rostro del hombre pareció irreal, despidiendo su pálida piel un matiz verdoso, al reflejar la luz—. ¿Va usted a Hartfield Manor?

—Exacto —sonrió el viajero, animándose—. ¿Puede decirme a qué distancia está?

El jefe de estación obró extrañamente. Se quedó mirándole con ojos de rara expresión, se persignó vivamente…, y entró en la estancia iluminada, cerrando la puerta tras de sí. El viajero oyó girar una llave y chirriar un pestillo.

Iba a dirigirse a la iluminada puerta, tras cuyo sucio vidrio apenas si era visible la silueta del empleado de ferrocarriles, cuando la luz se apagó, quedándose todo sumido en sombras en el interior.

Se detuvo en seco, dejando la maleta en el andén, con gesto desolado. Aunque aporreara aquella puerta hasta cansarse, estaba seguro de que el jefe de estación de Wakegate, no abriría para nada ni le prestaría la menor atención.

—Qué extraño individuo… —comentó para sí, contrariado—. Evidentemente, el fuerte de los naturales de este lugar no es la

hospitalidad, si todos son como ese hombre.

Disgustado, sin saber exactamente qué hacer, escudriñó las profundas sombras, más allá de la propia estación. El paraje era oscuro e impenetrable, la lluvia torrencial y el viento muy fuerte. Además, hacía frío y humedad. Era una noche de perros. Y él estaba allí, en una estación, sin lugar donde guarecerse bajo techado. Y a una milla o más de cualquier lugar habitado que pudiera prestarle asilo.

Maldijo entre dientes su mala fortuna, y se dispuso a tomar una decisión, fuese la que fuese. Todo, menos quedarse allí, aterido de frío y con el húmedo azote calándole hasta los huesos, perdido en el solitario andén de una olvidada estación ferroviaria, en el corazón del Yorkshire británico.

Esa decisión había de ser, forzosamente, la de ponerse en marcha. Ir a alguna parte, aunque fuese a ciegas y en un lugar que desconocía totalmente. Posiblemente terminase su viaje hundido en una charca o sepultado en un pantano. Era tierra de marjales peligrosos. Pero también era tierra de inclemencia climatológica, de frío y de aguas torrenciales. No podía arriesgarse a permanecer una noche entera en aquel lugar inhóspito, por el que tal vez no pasara ningún otro tren en días enteros, ni un vehículo en toda la semana. No esperaba morirse congelado, pero sí corría el riesgo de sufrir una pulmonía. Una pulmonía que podía serle fatal.

Resueltamente, tomó su maletín y echó a andar. Abandonó relativo refugio del andén solitario. Sus pies se hundieron hasta los tobillos en el fango y los charcos de agua oscura. Buscó en sus bolsillos, encontrando la lámpara eléctrica de que se había provisto sin saber exactamente por qué. Ahora sabía que hizo bien. Fue una buena medida, quizá dictada solamente por su instinto.

El chorro de luz silueteó difusamente arbustos, arboledas, montículos y un estrecho sendero que se adentraba a campo través. Un indicador marcaba junto al camino:

«A WAKEGATE: UNA MILLA»

Encima del indicador, vio una bombilla dentro de una envoltura de alambre que la protegía. Pero debía de estar rota o fundida. No había luz por ninguna parte.

Siguió adelante, con paso enérgico. Por un momento, se sintió como un viajero perdido en la era victoriana, en una Inglaterra

hosca y sombría, con luces de gas y pueblos dispersos en los páramos desolados. Sí, era como haber retrocedido casi sesenta años en la historia del mundo y de Inglaterra. No se podía imaginar que en pleno siglo XX, en el año 1938, aquel Yorkshire continuara estancado en el pasado, perdido en el tiempo. Al menos, la región de Wakegate…

Pero no se arredró. Pese a que en algunos puntos, sus piernas se hundían hasta media pantorrilla en los negros charcos o en los pastosos fangales, siguió adelante, buscando el camino de Wakegate.

Llevaba unos minutos de camino cuando el primer relámpago hendió la oscuridad del cielo, como si lo desgarrara en brutal cuchillada de luz cárdena. Inmediatamente retumbó el formidable estampido del trueno, ensordeciendo al caminante solitario.

La lluvia se hizo torrencial, mientras los ecos tamborileantes de la descarga eléctrica, se iban perdiendo en la distancia, en el siniestro paisaje oscuro. Tuvo que pasarse un manotazo por el rostro, para apartar el torrente de agua de sus cejas y pestañas, intentando ver.

Fue cuando el segundo chispazo celeste centelleaba en las tinieblas, con un zigzag violento, acompañado inmediatamente por el fragor del trueno, cuando el viajero descubrió la arboleda y la cerca, no lejos del camino.

Además de ello, descubrió el destello amarillento de una luz, entre los altos árboles que se perdían apuntando a la noche sombría. Comprendiendo que al fin había descubierto un lugar habitado, se apartó de la senda y echó a andar hacia el recinto que se alzaba a su izquierda, no lejos de la senda.

Los relámpagos se hacían más frecuentes por momentos, y su centelleo iluminaba la noche ocasionalmente, revelando los contornos del feo paisaje y de la ausencia de lugares habitados, con la excepción de aquél donde vislumbrara la luz. Ahora ya no le era posible descubrirla de nuevo, pero la cerca se recortaba más nítidamente en la noche. Era una alta tapia, desconchada en algunos puntos, y cubierta en otros tramos por plantas trepadoras silvestres.

Se imaginó una casa, una residencia con amplios jardines o boscaje. Y, sobre todo, con luz eléctrica en su interior. Y con un

fuego confortable, acaso con una buena estufa, con un techo, con alguna bebida caliente que le confortase en aquel aterido ambiente.

Aceleró el paso. Llegó a la cerca, y caminó junto a ella, buscando una abertura en la tapia, por donde entrar a la propiedad. Finalmente, la halló.

Era una puerta estrecha, de hierro forjado, y sorprendentemente para él, la encontró abierta. Estaba solamente entornada, Un pestillo colgaba de una de las dos hojas de la misma, Al empujar la puerta, ésta chirrió agria, largamente, con un gemido lastimero de metal enmohecido.

El viajero avanzó resueltamente, tratando de escudriñar la oscuridad. Volvió a captar en una ocasión, posiblemente entre la espesura de algunos árboles, el destello amarillo de luz eléctrica, débil y difusa, posiblemente por estar tras algún vidrio sucio, y también a causa de la cortina de lluvia.

De pronto, un nuevo relámpago rasgó la bóveda negra del cielo. El viajero lanzó una imprecación y se echó instintivamente atrás. La luz había revelado con toda claridad el lugar donde se encontraba.

No era una propiedad privada. No era una finca particular.

Los perfiles que le rodeaban, las formas de piedra o mármol, le revelaron exactamente el sitio donde se había aventurado.

Era un cementerio.

Luego, escuchó el llanto ahogado de alguien. Y la luz osciló, moviéndose tras las ramas de aquellos árboles, que habían resultado ser altos y tristes cipreses…

Dominando un escalofrío instintivo, el solitario caminante echó a andar de forma resuelta hacia el punto donde descubriera la luz y donde alguien sollozaba ahogadamente, sin importarle el lugar, la hora, la lluvia, el frío húmedo de la torva noche.

Se encontró ante un mausoleo rematado por una gran cruz de mármol. Lo rodeó, pisoteando hierbas silvestres y hojarasca mojada. Pasó una hilera de cinco o seis Cipreses…, y la luz brilló ante él.

Era un farol eléctrico, de débil bombilla amarillenta, colgando de la puerta de un suntuoso sepulcro, un panteón posiblemente propiedad de alguna familia adinerada. Una auténtica cripta, con puerta de vidrios emplomados, de diversos colores, y una verja en torno.

Las pisadas del viajero, en los charcos de agua, hicieron volver

la cabeza a la persona que sollozaba, reclinada en los dos escalones de piedra que formaban el desnivel hacia la lujosa cripta.

Fue la claridad lívida del farol allí colgando, oscilando a impulsos del aguacero y de viento, la que reveló ante él un rostro trémulo, de grandes ojos, dilatados por el miedo y la angustia.

Al ver la alta, sombría figura del viajero, aquella persona lanzó un grito agudo, estremecedor. Y su voz era inconfundiblemente femenina.

Se trataba de una mujer.

Una mujer que, de repente, se incorporó, con ademán despavorido, agitó sus brazos ante el viajero, como si éste fuese una alucinación, y echó a correr, con otro grito de terror, perdiéndose en las sombras del cementerio.

—¡Señora, espere! —gritó él—. ¡Espere, no huya! ¡No tenga miedo! ¡Soy solamente un caminante que…!

Se interrumpió. Era inútil cuanto dijera. La dama misteriosa se había perdido entre los Cipreses. Algo cayó en los arbustos, y se quedó prendido en ellos, empapándose de lluvia.

Dudó él si seguirla o no. La lluvia arreciaba por momentos, el cementerio era una masa de sombras, más allá del reducido ámbito iluminado por el farol de la cripta, y optó por recoger primero lo que ella dejara caer en su alocada fuga.

Era una pequeña tela rectangular, rodeada de encajes. Un pañuelo antiguo, de seda. Borrosamente, observó unas iniciales bordadas en él: B. H.

Guardó en un bolsillo el empapado pañuelo. Luego, echó a andar hacia la oscuridad, tratando de localizar a la mujer asustada.

Se detuvo súbitamente, con un estremecimiento que alcanzó su nuca, erizándole los cabellos.

A su espalda, había percibido un ruido especial. Un chirrido agrio, de metal oxidado. Un ronco jadeo casi inhumano, sonó en alguna parte, tras él.

Se volvió bruscamente. Miró hacia la cripta. El horror dilató sus ojos.

La puerta de vidrios emplomados, así como la verja de hierro, se habían abierto inesperadamente.

Y un rostro demoniaco, aterrador, apareció ante los ojos del viajero, cuando una figura lenta, tambaleante, asomó en el umbral,

saliendo del interior de la cripta.

CAPÍTULO II

AL fin había llegado.

Allí sí se veía el brillo de una bombilla, protegida por una pantalla de metal, dando su cerco de luz sobre el cartel Indicador, situado junto a la alta verja y la amplia puerta de hierro forjado, con una fecha en cifras encerrada en un óvalo, sobre el arco de entrada: 1890.

Ésta si era una propiedad puramente victoriana. Un edificio de ladrillo oscuro, de tejados de pizarra gris, de ventanas encristaladas, de miradores, con un torreón lateral, y con un edificio anexo, muy próximo a la edificación central, aunque separado de ésta y de sus jardines por un elevado seto bien recortado.

En el cartelón se leía con claras y grandes letras de color rojo oscuro:

«HARTFIELD MANOR. PROPIEDAD PRIVADA.

PROHIBIDO EL PASO.»

El hombre erguido ante la puerta, tomó de una cadena situada en un lado de la entrada. Tiró de ella dos veces. No oyó nada pero, sin duda, allá, dentro, en la casa, un llamador eléctrico avisaría a los ocupantes.

Esperó, sintiendo repiquetear la llovizna en su sombrero. Por fortuna, el aguacero había cedido en intensidad. Aun así, se sentía aterido hasta los huesos, y sus prendas de vestir estaban empapadas.

Desde alguna parte, accionaron un resorte que abría la puerta. Ésta cedió con un leve chasquido. Observó que las dos hojas de hierros forjados se separaban levemente. Empujó, entrando en el amplísimo jardín de la residencia señorial de otros tiempos, erguida en el Yorkshire, como un desafío al tiempo y a la época.

El sendero era de grava gruesa, y absorbía bien la humedad, apareciendo firme bajo sus pisadas. Unas luces, dispersas por los

jardines, prestaban una claridad suave a la zona. A su luz, el viajero observó el fango que envolvía su calzado y rebozaba los bajos de sus pantalones.

Cuando llegó al claro situado ante la casa, donde un semicírculo de césped bien cuidado rezumaba humedad, frente al porche clásico de la mansión victoriana, observó que una puerta aparecía abierta en el edificio, Y alguien esperaba en el porche, con estirada rigidez, a que él llegase hasta allí.

—Buenas noches, señor —dijo una fría voz, que resultaba cortés aunque sin pretenderlo siquiera—. ¿A qué debemos el honor de su visita a Hartfield Manor?

—Estoy citado aquí —resopló el viajero cansadamente, sacudiendo su sobretodo chorreante de agua, y también su sombrero, que derramó copiosas gotas alrededor. Luego, buscó algo en su bolsillo y tendió una tarjeta al hombre del porche—: Soy Nigel Casey, de Londres. Me espera el señor Hartfield…

—Oh, entiendo, señor Casey —asintió el hombre con una breve, cortés reverencia—. El señor Matthew Hartfield está impaciente al ver que no llegaba… Creo que era la pasada semana cuando debía usted…

—Exactamente. Cuando debía haber llegado —confirmó el viajero, asintiendo enérgicamente con la cabeza—. Pero ello no fue posible entonces, y de veras lo siento. Telegrafié al señor Hartfield en ese sentido, pero nadie fue a recibirme a la estación, pese a ello…

—¡Qué penoso equivoco, señor Casey! —se lamentó el otro—. Llegó un telegrama para el señor Hartfield, efectivamente, pero…, el señor Matthew Hartfield se encuentra enfermo estos días…, y posiblemente ello le hizo olvidar por completo su llegada… No me dio instrucciones. De haber sabido yo que usted llegaba, hubiese enviado un automóvil a la estación, téngalo por seguro…

—¿Ha dicho que está enfermo? —Se interesó el visitante—. ¿Algo serio?

—Podría serlo. Son cosas que nunca se saben. El doctor Blake cuida personalmente de él… Se trata de un colapso. Su corazón le jugó una mala pasada. Está recuperándose, pero en esas cosas hay que tener cuidado. Ahora está sometido a reposo absoluto…

—Entiendo —asintió Nigel Casey, pensativo, ya a resguardo bajo

el porche—. De todos modos, espero no tenerme que quedar esta noche a la intemperie…

—Oh, no, señor, qué estúpido soy… —se excusó el hombre—. Soy Benedek, el mayordomo de los Hartfield. Me ocuparé de usted. Tiene su alojamiento reservado desde la semana anterior. Pero no en este edificio, naturalmente. No sería el adecuado, imagino.

—¿No? —Frunció el ceño Casey, mirando con expresión pensativa el amplio y sólido edificio, por cuya puerta escapaba la luz de una araña de cristal colgada del techo del vestíbulo—. Pues me parece una magnífica mansión. ¿Ocurre algo con ella?

—¿Si ocurre? —El tal Benedek enarcó las cejas, perplejo—. ¿Es que usted no lo sabe, señor Casey?

—¿Saber? ¿Qué?

—Creí que se lo habría contado el señor Matthew al citarle aquí…

—Pues no. No me contó nada. ¿Qué sucede con esta casa?

—Desde hace tiempo, señor Casey, la mansión ha sido destinada a sanatorio psiquiátrico. La familia no vive aquí ahora, sino en el edificio anexo, más allá de ese seto y de la valla que aísla a la mansión. Tenga en cuenta que aquí tenemos ahora a enfermos mentales recluidos…

Nigel Casey, sorprendido, escuchaba esa información de Benedek, el mayordomo de los Hartfield, cuando en algún lugar de la casa sonó un alarido desgarrador, un grito agudo y terrible, que parecía presagiar la muerte de alguien…

* * *

Era una mujer muy atractiva. Joven, vigorosa y, sin duda, inteligente y llena de agudeza. Quizá no tenía aún los veinticinco años. Y la falda corta, a la moda, sobre sus rodillas, no hacía sino resaltar lo atractivo de sus pantorrillas y curvas, bajo el tejido de algodón blanco.

El resto del uniforme, también era blanco, así como su cofia almidonada, rematando los cabellos oscuros y bien peinados. Tenía la tez levemente bronceada, los labios muy carnosos, y los ojos de un indefinible tono ámbar.

Se quedó contemplando al viajero con expresión algo sorprendida, cuando apareció en la amplia escalera del fondo del *hall* y, con voz seca, informó a Benedek:

—¿Dónde está el doctor Blake? Hace falta en la Sala Tres. Es urgente.

—Oh, sí, señorita Halloway. Ya me imaginaba algo así —dijo agitadamente el mayordomo—. Encontrará al doctor en la biblioteca. Cerró la puerta. Por eso quizá no haya oído el grito… ¿Ha sido otra vez él?

—Sí. Siempre él —suspiró cansadamente la enfermera—. Voy a buscar al doctor enseguida.

—No, no se moleste, señorita Halloway —respondió el mayordomo—. Yo iré. Usted, señor Casey, por favor, puede entrar… Estaré enseguida con usted. Espere un momento, se lo ruego.

—Está bien —asintió Nigel, cada vez más intrigado, dejando en el suelo su maletín, y observando a la enfermera de cabello oscuro, mientras Benedek se alejaba por la amplia mansión, hasta desaparecer.

Se había quedado a solas con la enfermera Halloway. Ambos se miraron curiosamente, sin disimulos. Ella esbozó una leve sonrisa. Estudiaba la alta y arrogante figura del forastero, cuando preguntó:

—¿Acaba usted de llegar a Hartfield?

—Sí, ahora mismo —asintió Nigel Casey—. ¿Sucede algo grave? Ese grito de antes me alarmó.

—Oh, estaría acostumbrado a ellos, si viviera aquí —se encogió ella de hombros, restando importancia al asunto—. Los enfermos mentales siempre dan problemas.

—De modo que era uno de ellos…

—Claro. Cualquiera, al oírle, pensaría que le están matando. Y es sólo una crisis. Una más, entre tantas otras. Sólo que hay unos pacientes peores que otros, claro está.

—¿Y el que gritaba es particularmente malo como paciente?

—Peor —suspiró ella—. Es un caso difícil. Cuando se haya calmado, es ideal. Pero en cuanto sufre una crisis como ésta, se vuelve insoportable.

—Usted parece muy joven para ser enfermera de locos —comentó Casey—. Y más aún en un lugar como éste…

—No mencione nunca la palabra «loco» delante del doctor Blackburn, señor —le advirtió ella con cierta sequedad—. Es algo que no lo soporta. Para él, todos sus pacientes son sólo casos psíquicos, enfermos de la mente. Nada más. Dice que la palabra

«locura» es algo medieval. Como hablar de apestados o de endemoniados. La ciencia no admite locos, sólo enfermos que pueden ser curados mediante la medicina, la psiquiatría, la neurocirugía…

—Interesantes teorías —Nigel Casey se frotó la barbilla, pensativo—. ¿Quién es ese doctor Blackburn?

—El director de este sanatorio. Y el dueño actual de Hartfield.

—¿Cómo? —Se extrañó Casey—. Creí que sus dueños eran precisamente los Hartfield, los que dan nombre a las propiedades…

—Eso fue en otros tiempos —se encogió de hombros la bella enfermera. Nigel observó, un poco procazmente, pero sin poderlo evitar, que bajo el almidonado uniforme de enfermera se dibujaba la línea agresiva de unos senos erguidos y vibrantes—. Ahora, es el doctor Blackburn quien da órdenes aquí. Y quien impone sus criterios, no lo olvide, señor…

—Casey. Nigel Casey, de Londres —se presentó él, cortés.

—¿Viene de Londres, ahora? —Ella escuchó el bramido de lejanos truenos, y el batir de la lluvia sobre los muros, los vidrios y tejados del edificio—. ¿Con semejante noche?

—No tengo más remedio. Me llamaron de Hartfield. Y aquí estoy.

—¿Le llamaron? ¿Acaso es usted médico? —se sorprendió la joven enfermera, estudiándole con curiosidad.

—No —sonrió Nigel—. Soy escritor.

—¡Escritor! —se asombró más aún la enfermera Halloway—. Pues no veo lo que pueda usted hacer aquí, la verdad. Que yo sepa, el doctor Blackburn no está escribiendo sus memorias…

—No me llamó ningún doctor. Ignoraba incluso el uso a que actualmente se ha destinado esta mansión. He sido requerido por un miembro de la familia Hartfield.

—Oh, ¿es eso? —Ella enarcó las cejas con aire enigmático, como si en todo aquello hubiese algo que para Nigel no estaba nada claro, y sí en cambio para ella—. Bien, de todos modos, bienvenido a Hartfield, señor Casey. Yo soy la enfermera Myrna Halloway, ayudante del doctor Blake, médico-ayudante del doctor Blackburn y jefe de terapia en esta clínica.

—Es un placer conocerla, señorita Halloway. Espero que nos veamos a menudo a partir de hoy…

—¿Es que se queda a vivir en Hartfield? —Y ante el asentimiento de Nigel, ella se encogió de hombros, algo escéptica—. Lo dudo mucho. Casi todas mis horas las ocupan nuestros pacientes. Y usted, imagino, no va a quedarse a vivir aquí, sino en el anexo…

—¿El anexo?

—Es donde ahora viven los Hartfield, señor Casey —informó ella —. Este edificio está totalmente destinado a la labor de internamiento y terapéutica del doctor Blackburn.

—Entiendo —Nigel escuchó ruidos en los pisos altos, y miró al techo, como tratando de escudriñar a través de los sólidos muros. Pero interiormente, estaba preocupado por otra cosa, que le hizo dirigir una pregunta a la joven enfermera—: Por cierto, señorita Halloway, además de loe… quiero decir, además de enfermos mentales…, ¿existen fantasmas y aparecidos en Wakegate?

Ella le miró, con repentino sobresalto. Casey hubiera jurado que, bajo el tono bronceado de su piel, el rostro de la joven había perdido algo de color súbitamente. Pero se mostró serena cuando replicó, en tanto Benedek, el mayordomo, reaparecía allá, al fondo del corredor:

—No sé de qué me habla, señor Casey. Mi tarea no consiste en asistir a fantasmas, sino solamente a enfermos…

Benedek carraspeó, deteniéndose a espaldas de Myrna Halloway, Ella giró la cabeza, complacida por la interrupción del sirviente, sin duda alguna.

—El doctor Blake ha subido ya rápidamente a la planta por el ascensor de atrás, enfermera Halloway —informó—. Supongo que la necesitara a usted allí…

—Sí, gracias, Benedek —dijo ella. Y mirando fugazmente al recién llegado, se despidió, ya taconeando escaleras arriba—: Ha sido un placer, señor Casey. Bien venido a Wakegate. Y a Hartfield…

Desapareció escaleras arriba. El ángulo visual permitió a Casey descubrir la atractiva línea de los muslos bien formados de la Joven enfermera, bajo la crujiente falda blanca.

Al quedarse solo con el criado, miró a éste inquisitivamente.

—Es muy bonita —comentó.

—Mucho, señor —admitió con cierta frialdad el mayordomo—. ¿Quiere seguirme? La llevaré ahora al edicto anexo. Allí están sus

anfitriones, señor.

—Sí, ya me he enterado de eso. Parece que el doctor Blackburn es el nuevo amo y señor de Hartfield, y no los antiguos dueños de esta mansión. ¿Por qué, Benedek?

—Muy sencillo, señor —informó el criado—. Porque el doctor Christopher Blackburn es el actual esposo de la señora Hartfield. Su segundo esposo, exactamente, tras la muerte de Alexander Hartfield…

Nigel Casey comenzaba a entender ahora. Pero al seguir a Benedek hacia algún punto del interior de la casa, preguntándose por qué lugar pensaba conducirle al anexo, separado de allí por un alto seto y una valla alambrada, mientras afuera llovía de modo torrencial, cercanos acontecimientos que aún le tenían sumamente preocupado, y que la enfermera Halloway había eludido comentar, la preocupaban con mayor intensidad que las circunstancias actuales de los Hartfield.

Probó fortuna con Benedek, no muy seguro del éxito de su intentona.

—Al venir desde la estación aquí…, pasé por un pequeño cementerio… —comentó.

Le pareció que, ante él, la espalda de Benedek se ponía algo más rígida. Pero no podía ver su rostro. Y el mayordomo siguió adelante, con total impasibilidad.

—Sí, es el antiguo cementerio de Wakegate. Sólo se sepultan allí las personas de gran posición social y económica, viejas familias del lugar…

—¿Cómo los Hartfield? —sugirió vivamente Casey.

—Como los Hartfield, señor —asintió Benedek.

—En el cementerio había una mujer. Ante una cripta —recordó Nigel, estremeciéndose.

—¿De veras? ¿Con esta noche? —El tono del criado era altamente dubitativo, casi incrédulo.

—Es lo que me extrañó. Con una noche así, una mujer sola en un cementerio, con la única compañía de un farol… Por eso traté de averiguar qué hacía allí, quién era…

—¿Usted se aventuró dentro del cementerio, señor?

—Eso es —Casey observó que acababan de llegar a una puerta vidriera que comunicaba con un invernadero situado en el jardín.

Una marquesina y unos paneles de vidrio esmerilado formaban pasaje hasta él, guareciendo de la lluvia. Casey empezó a entender. Más allá, una arboleda recta, frondosa, hacía dosel de ramajes hasta una puerta abierta en medio del alto seto. Era un camino relativamente resguardado, hacia el edificio anexo.

—¿Y quién era esa valerosa dama, señor? —se interesó Benedek con rara entonación.

—No puedo saberlo. Escapó —suspiró Nigel, pensativo.

—Ya —¿había realmente una nota de alivio en la voz de Benedek en estos momentos?—. De cualquier modo, es un curioso incidente.

—Muy curioso, Benedek. Porque no terminó ahí.

—¿No? ¿Todavía hubo más, señor? —se extrañó el mayordomo, siempre sin girar su cabeza ni detener su paso.

—Lo más extraño de todo. La cripta ante la que hallé a esa dama, se abrió de pronto. Salió alguien de su interior…

—¡Cielos…! —Esta vez, sí. Benedek se paró, giró hacia él, y se quedó mirándole con fijeza, su rostro visiblemente alterado—. ¿Está seguro de «eso», señor?

—Tan seguro como que ahora estoy aquí —afirmó él, rotundo—. Un ser emergió de la tumba, el más horrible y espantoso personaje que jamás imaginé… Algo realmente de pesadilla…

—¿Es… es eso posible? —El tono del criado era vacilante, inseguro.

—Lo es. No Sé quién pudiera ser. Quizá jamás lo sepa. Pero era lo más parecido que puede uno imaginarse a un cadáver viviente, a un cuerpo humano en putrefacción. Su rostro era de un verde bilioso, repugnante, con ojos inyectados en sangre, la faz cubierta de llagas purulentas… Cabellos ralos y escasos colgaban de un cráneo lleno de atroces desolladuras, entre costras y llagas horripilantes. La boca babeaba, entre carcomidos labios purulentos… Y el cuerpo parecía más arrastrarse que caminar, encorvado, cubierto por un negra capa larga, caída y cubierta de agujeros y desgarros, como si ratas y gusanos hubieran anidado en ella… De momento me quedé paralizado por el horror. Aquel ser me contempló, con un jadeo extraño escapando de entre sus labios. Luego, soltó una risa aguda, hiriente, horrible, que jamás olvidaré… y escapó por entre los árboles y las tumbas, tras engarfiar hacia mí,

en gesto agresivo, unas manos descarnadas, en las que los huesos eran visibles entre jirones de carne putrefacta. Un hedor a corrupción y a humedad escapó de aquella lúgubre figura que, como un dantesco monstruo, se perdió en la noche, a través de la lluvia, los Cipreses, las cruces y mausoleos…

—¿No intentó dar caza a ese engendro, señor? —Fue la ronca pregunta del asustado Benedek.

—Lo intenté. Pero desconocía ese cementerio, y él, en cambio, parecía conocerlo muy bien. Tanto, que no hallé el menor rastro de su persona. O de lo que fuese aquella criatura espantosa… Y como la lluvia arreciaba cada vez más, y los senderos se inundaban, tuve que abandonar el cementerio, sin siquiera fijarme en qué cripta era aquélla de donde surgió el monstruo…

Siguió un silencio profundo entre ambos hombres. Benedek sacudió la cabeza, con aire desconcertado. Luego, sólo atinó a murmurar:

—Si le cuenta eso a alguien más, señor Casey…, pensarán que se ha vuelto loco… o que tuvo una alucinación.

—Es lo que piensa usted, ¿verdad? —sonrió Nigel Casey burlona, fríamente. Luego, sacudió la cabeza—. Lamento decirle que nadie pensaría eso de mí, al menos, fuera de Wakegate… Soy un experto en cuestiones de aparecidos, de hechos de ultratumba, de todo aquello que no se explica por medio de la razón ni de la lógica. Por eso estoy aquí. Parece que los Hartfield «sí» creen en esas cuestiones, y desean mi ayuda para algo… Además, Benedek, logré apoderarme de algo en el cementerio.

—¿Qué… qué es ello? —jadeó el criado, sorprendido—. Un pañuelo perdido por la dama de la cripta. Un pañuelo bordado… —Lo mostró Casey, extrayéndolo lentamente de su bolsillo.

El mayordomo, al verlo, palideció. Se echó atrás, sorprendido, demudado.

—¡Dios mío…! —Jadeó—. De modo que es eso… Es eso lo que sucedió…

—¿Qué sucedió, Benedek? —le apremió vivamente Casey—. ¿De qué habla? ¿Es que conoce este pañuelo? ¿De quién es?

—De… de la señora Hartfield, señor —informó, tembloroso, el mayordomo.

Nigel Casey no comentó nada. Se limitó a contemplar

largamente al mayordomo. Luego, éste, en silencio, reanudó la marcha hacia el edificio anexo.

Simultáneamente, en alguna parte, una extraña, larga e hiriente carcajada pareció rasgar la noche, llegar en alas del viento y de la lluvia.

Nigel Casey la reconoció inmediatamente. Se detuvo con estupor, mirando hacia todas partes, sin lograr identificar el punto de origen de aquella risa demoníaca.

—Cielos… —murmuró—. Es ésa. Es ésa la risa del espectro del cementerio…

CAPÍTULO III

—BIEN venido a Wakegate, señor Casey. Y, sobre todo, bienvenido a Hartfield.

—Gracias, señor Hartfield —estrechó la mano del hombre, todavía joven, pálido y delgado, de negros cabellos salpicados de hebras de plata, particularmente canoso en las patillas, largas y bien cuidadas—. Me gustaría que, realmente, hubiera sido así.

—¿Hay algo en este lugar que no sea de su agrado, señor Casey? —Se mostró preocupado su joven anfitrión, con gesto de cierta extrañeza.

—No en su casa, señor Hartfield. Pero desde mi llegada a Wakegate, me han sucedido una serie de extraños acontecimientos, de los que me gustaría hablar con usted.

—¿Extraños acontecimientos? —La preocupación se hizo más ostensible en el gesto y en la mirada de su interlocutor. Matthew Hartfield hundió las manos en los bolsillos de su batín granate de seda, y añadió con lentitud—: No me sorprende mucho lo que dice, señor Casey. Otros extraños hechos me han hecho requerir su ayuda. Por una vez, mi cuñada y yo hemos estado de acuerdo en algo, y ella también accedió a que usted viniera a Wakegate. Más tarde hablaremos de esas cuestiones. Ahora, tiene que ponerse cómodo, asearse, usar ropas secas… Le proporcionaré prendas adecuadas una bata de lana y cuanto precise… Ha sido una noche infernal para venir a pie desde la estación. De no ser por mi ataque cardíaco, hubiera recordado su llegada. Lamento este malentendido, tan desagradable para usted. Su primera impresión de los Hartfield, no va a ser nada halagüeña para nosotros, estoy seguro.

—Como usted ha dicho, un ataque al corazón es motivo más que sobrado para alterar los planes mejor hechos. No debe preocuparse por mí, sino por usted.

—Ya estoy bastante recuperado, gracias —le oprimió

cordialmente un brazo—. Es usted muy comprensivo y amable, señor Casey. Lo cierto es que me he llevado una sorpresa con usted.

—¿Sorpresa?

—Sí. Cuando uno ha leído libros como los suyos, esos estudios tan profundos sobre parapsicología, sucesos inexplicables, contacto con el mundo de los muertos, posibles aparecidos y espectros, misterios de ultratumba y todo eso… espera hallarse a un anciano y severo caballero, de aspecto también inquietante. Pero nunca a un hombre Joven, alto, vigoroso y deportivo, más adecuado para suplir a Douglas Fairbanks en una película, que para introducirse en el mundo de lo sobrenatural.

—Así son las cosas —rió de buena gana Nigel—. Le aseguro, sin embargo, que soy el único y verdadero Nigel Casey, el hombre a quien ustedes han requerido.

—Imagino que debe estar muy desorientado todavía, preguntándose para qué podemos necesitar aquí un escritor de sus características…

—Lo estuve hasta llegar a Wakegate —confesó Nigel—. A partir de entonces, han ocurrido cosas que me hacen suponer que no todo es normal en este lugar, ni mucho menos.

—Ni mucho menos —corroboró, con un suspiro, Matthew Hartfield, asintiendo con la cabeza—. Bien, puede ir a asearse cuando guste. Lorna lo tendrá todo a punto ya…

En efecto. Loma resultó tener todo a punto: un baño caliente, ropas limpias y secas, y una habitación confortable, provista de calefacción, como todo el edificio anexo que, aunque considerablemente más pequeño que la mansión, poseía toda clase de comodidades en sus dos plantas.

Lorna era la doncella. Una doncella rubia y atractiva, a cuyas curvas se amoldaba sugestivamente el negro raso de su uniforme, sobre el cual lucía el almidonado delantal. Miró al huésped con sorprendida admiración, cuando se percató de que era joven, alto y bien parecido, y sonrió con coquetería, pasando por su lado.

—Todo está dispuesto, señor —dijo—. Si precisa algo más, no tiene más que llamarme con ese timbre que hay junto a su cama. Estoy a su servicio para cuanto necesite, señor Casey…

Se alejó, con maliciosa sonrisa, contoneando sus caderas. Nigel se dijo que la última frase pronunciada por la doncella, parecía

pronunciada con un especial énfasis.

Se sintió mucho mejor después del baño confortante y de quitarse las ropas empapadas en agua y barro, supliéndolas por otras más secas y limpias. Su equipaje llegaría al día siguiente de Londres, con toda probabilidad, y ya podría utilizar sus restantes ropas. No pudo imaginarse que su llegada a Wakegate fuese en tan adversas circunstancias. De otro modo, lo hubiera traído consigo. Aunque difícilmente hubiese podido sacarlo de la estación aquella noche.

Cuando descendió a la planta inferior, se encontró a Matthew Hartfield esperándole, con dos copas de oporto, y una mesa servida con un caldo caliente y cena fría para él.

—Yo he cenado ya —explicó el joven Hartfield—. Por favor, tome una copa, y cene después. Debe de estar con un terrible apetito…

—Lo estoy, ciertamente —asintió Casey, tomando la copa de oporto, que alzó hacia su anfitrión, antes de saborear el excelente vino generoso—. A su salud, amigo mío.

—A la suya. Y a la de mi cuñada —musitó entre dientes—. Aunque eso es ya más difícil…

—¿Más difícil? —Casey dejó la copa vacía en la mesita, enarcando sus cejas—. ¿Es que también ella está enferma, quizá?

—Lo suyo es diferente. No se trata de una dolencia concreta, como la mía —se tocó suavemente el pecho en el lado izquierdo, a la altura de su corazón—. Belinda sufre un mal infinitamente peor.

—¿Qué le sucede a la señora Hartfield…, bueno, quiero decir a la señora Blackburn?

—¿Sucederle? —Hartfield le miró. Luego, se encogió de hombros, con aire indeciso—. Es difícil definir las cosas de ese modo. Pero lo que a ella le sucede, es lo que me movió a llamarle a usted a Londres, señor Casey.

—¿Qué es lo que puedo hacer yo por ella? —Nigel se había sentado ante la mesa bien provista de fiambres, pollo frío, ensalada y fruta. Saboreó el caldo caliente, sabroso y confortante—. No atino a ver cuál es mi papel en todo esto…

—Se lo diré muy pronto. —Matthew Hartfield paseó en torno a su mesa, la cabeza algo hundida entre los hombros, las manos en los bolsillos de su batín granate—. Usted es un especialista en el otro

mundo.

—¿Yo? —Sonrió Nigel, encogiéndose de hombros—. Nadie lo es realmente. Jamás estuve en el mundo de los muertos, como es obvio.

—Pero sabe de ese tema más que nadie.

—Yo diría que «intento» saber, indagar… —Sacudió la cabeza—. Pero los muertos no hablan, señor Hartfield. Sólo en sesiones espiritistas; fraudes vulgares en los que no impera la buena fe, ni mucho menos.

—Pero existe un contacto con el Más Allá, según usted.

—Yo «creo» que existe ese contacto. No puedo afirmar nada. Para mí, sí existe. No en las sesiones fraudulentas ni en los actos histéricos de unos cuantos ignorantes. Eso no es serio. Como miembro de la Spiritualist Research Society de Londres, y del Extrasensorial Science Club (*Sociedad de Investigación Espiritista y Club de Ciencia Extrasensorial, respectivamente. Hay muchas sociedades de este tipo en Inglaterra, de las que son miembros incluso médicos. Investigadores científicos de la mayor solvencia y personalidades de todo tipo, que le prestan una innegable seriedad a sus trabajos*), rechazo sistemáticamente cualquier burda patraña, sea por lucro o por fanatismo, para aceptar solamente aquellos hechos que ofrecen una posibilidad de ser legítimos, lo que se puede someter a un riguroso análisis científico, sea o no positiva ni clara la consecuencia obtenida. Trabajamos con sombras, con lo inmaterial, con aquello que no es tangible, pero que, evidentemente, existe. Algún día, nuestra mente será capaz de desvelar esos misterios que no se explican de ninguna forma mediante la razón ni la lógica, que en modo alguno son hechos materiales, sino que pertenecen a otra forma de vida, a eso que solemos llamar lo Desconocido.

—Pero…, ¿en lo Desconocido es posible admitir la existencia de una relación directa entre la Vida y la Muerte?

—Amigo mío, esa razón directa existió siempre —sonrió débilmente Casey, iniciando su ataque al pollo frío con ensalada—. Nacemos y morimos. Al morir, dejamos de vivir. ¿Quiere relación más directa?

—No bromeo, Casey. Me refiero a otro orden de cosas mucho menos simples.

—Creo entenderle. ¿Quiere usted saber si, realmente, podemos

establecer una COMUNICACIÓN con los muertos?

—Ése es uno de los puntos que me preocupan. El otro… el otro es mucho más serio, Casey. Y me temo que cuando lo escuche, me tome a broma. O me considere un loco…

—¿Loco? Cuidado —advirtió Casey, enarbolando su tenedor—. Creo que el doctor Blackburn detesta esa palabra.

—¡Al diablo con Blackburn! —Se irritó Matthew Hartfield—. Casey, yo… yo quisiera saber si… si sería posible que un hombre MUERTO… pudiese… pudiese VOLVER ENTRE NOSOTROS, como si estuviera realmente vivo.

Nigel Casey se quedó mirándole como si hubiese oído el mayor disparate del mundo. Pestañeó para digerir su asombro, y se dispuso a contestar a su anfitrión.

No llegó a hacerlo.

En ese momento, la totalidad de las luces del anexo se apagaron. Afuera, destelló violentamente el fulgor de un rayo. Y un bramido atronador sacudió el edificio, y posiblemente todo el paraje donde la chispa eléctrica acababa de caer.

En alguna parte de la casa, gritó una mujer.

Casey reconoció la voz. Era la de la dama del cementerio.

* * *

—Ese maldito rayo… Ha debido caer en la mansión, en el hospital del doctor Blackburn… Me temo que haya dañado el transformador, Casey…

La voz de Hartfield sonaba tensa, malhumorada, surgiendo de las tinieblas.

—¿Y si fuese así? —se interesó Nigel, jugueteando en la sombra con el tenedor sobre el plato.

—Nos quedaríamos toda la noche sin luz. Hasta que vinieran de Helmsley a repararlo… Es donde está la central eléctrica.

—Entiendo —Nigel apartó el plato, malhumorado—. Detesto la oscuridad forzosa.

—Yo también —refunfuñó su anfitrión. Un resplandor amarillento asomó por alguna parte—. Ahí viene Lorna con alguna vela. Intentaré buscar el queroseno, para encender unos viejos quinqués que guardo para ocasiones así. Parecerá que vivimos en otra época, maldita sea. Y precisamente esta noche…

—¿Tiene algo de especial esta noche, aparte de mi llegada? —

Curioseó Nigel.

—Sí —confesó abruptamente Hartfield—. Hoy hace un año que murió Alexander Hartfield, mi hermanastro. El esposo de Belinda, ¿comprende?

Nigel Casey comprendía. Estaba pensando todavía en ello, cuando la pizpireta y atractiva doncella apareció con un candelabro de plata portador de tres velones encendidos. Puso la luz sobre la mesa, ante él. Le miró, y los ojos de la doncella brillaban maliciosos, al reflejar las llamas de las velas.

—Creo que ha sido el transformador, señor —dijo a Hartfield, pero mirando a Casey.

—¡Lo temía, maldita sea! —Se irritó el dueño de la casa, dando un puñetazo sobre el estante de la chimenea—. Trae más luces, Lorna. Y busca el queroseno en el sótano. Encenderemos los quinqués.

—Sí, señor —afirmó la joven criada, alejándose con su habitual contoneo.

Las velas daban una atmósfera extraña a la vivienda anexa a la vieja mansión de les Hartfield. Las vigas del techo, la gran chimenea de mármol, los cortinajes rojo oscuros, el mobiliario sobrio, pesado, de serio tapizado; todo ello parecía diferente, como trasladado súbitamente a través del tiempo, a otra época remota. Como si la era victoriana no hubiera quedado atrás, y ahora, en vez de automóviles, música de *jazz*, cine sonoro y aparatos de radio, hubiese carruajes de caballos, clásicos fiacres o calesines, macfarlanes y polisones abultados, farolas de gas y alumbrado de candelabros en las viviendas.

Una ojeada al exterior, no cambiaría gran cosa esa impresión, Casey estaba seguro de ello. Wakegate y su comarca, parecía también algo anclado en el pasado. Hartfield y sus contornos, era un mundo de terrores góticos y de sombrías influencias de otro tiempo y otras costumbres.

Había bastado un corte accidental, para que todo pareciera tan alejado de 1938 como si hubiese un siglo por medio. Y, sin saber la causa, aquello le producía una rara opresión. Como si la velada amenaza que presentía flotando en el ambiente, desde que descendiera de aquel tren en la solitaria estación de Wakegate, se materializase con mayor poder y malignidad todavía, al influjo

tétrico de aquella iluminación, de aquel clima de latente desasosiego y zozobra, rayano a veces con el miedo. Como en el cementerio del camino. Como en aquella gran casona convertida en asilo de locos —dijera el doctor Blackburn lo que dijera—, y como en aquella risa que oyera dos veces en la noche. La diabólica carcajada del monstruoso espectro del cementerio.

—¿Le pasa algo, Casey? —La pregunta de Hartfield le sacó de su abstracción bruscamente—. Le notó algo preocupado…

—Lo estoy —confesó francamente Nigel, alzando la cabeza. Retiró todos los platos y cubiertos, con excepción de una taza de café que acababa de servirse, sin leche ni azúcar—. Tengo motivos para ello.

—¿Qué motivos? ¿El corte de fluido eléctrico? ¿Mi pregunta de antes? ¿O acaso ese grito que escuchó usted al apagarse las luces? Era mi cuñada la que gritaba. Ha debido sobresaltarle el apagón.

—No era por nada de eso en concreto, aunque quizá por todo en general. Y por algo más.

—¿Qué, exactamente?

Nigel Casey no se anduvo por las ramas. No era partidario de ello. Le relató su llegada a la estación, el viaje a pie, la parada en el cementerio, los sucesos de la cripta, y todo cuanto le dijera Benedek, el mayordomo, hasta escuchar de nuevo la extraña carcajada del monstruo.

Permaneció callado Hartfield, con el ceño fruncido, frotándose el mentón con lentitud. Luego, hizo un comentario breve, y enigmático para su huésped:

—De modo que ha vuelto a ocurrir… Otra vez esa cripta maldita…

—¿Qué es lo que ha vuelto a ocurrir? —Se interesó Nigel—. ¿Qué sucede con la cripta?

—Es la de la familia Hartfield, seguro. No hay otra igual en el viejo cementerio… Y mi cuñada ha ido allí otras veces, desobedeciendo órdenes nuestras. Debí pensar que lo haría hoy, siendo el aniversario de su muerte.

—¿Alexander Hartfield está sepultado allí?

—Por supuesto. Es el último de la familia que fue enterrado allí. Los demás datan del siglo pasado todos. Deben ser ya simples esqueletos, Mi hermanastro es diferente.

—¿Diferente? ¿En qué?

—Se le trató de embalsamar y se le hizo un féretro de metal para evitar la corrupción. Pero algo falló en el proceso. El cadáver empezó a descomponerse pronto. Al ser enterrado despedía un fétido olor, aún dentro del ataúd de zinc. Y eso que anticipamos en veinticuatro horas la fecha de su inhumación. Fue lamentable todo. Y peor aún cuando, al ser leído su testamento, tal y como éste indicaba, su féretro debía ser previamente abierto, y leerse sil última voluntad en presencia del cadáver… adentro de la cripta.

—¿Eso se le ocurrió a su hermanastro, señor Hartfield? —Se estremeció Casey.

—Alex era muy caprichoso. Excéntrico, diría yo. Tuvo que hacerse así, o automáticamente la herencia pasaba al Estado. Creo que lo hizo para poner a prueba nuestra fidelidad al difunto. Pero sin duda, seguro de ser bien embalsamado, no pasó por su mente la idea de que estuviéramos obligados a soportar durante casi veinte minutos la presencia de un cuerpo nauseabundo, descompuesto y horrible, en una pequeña cripta cerrada, para heredar cuanto poseía. Eso trastornó a Belinda de un modo tremendo. Creo que todo eso tuvo la culpa de que ella… se casara con Blackburn.

—Usted no parece aprobar ese matrimonio, señor Hartfield —observó fríamente Nigel, sin desviar sus ojos de su anfitrión.

—Muy observador, Casey —aprobó Matthew sacudiendo la cabeza con una mueca—. Para mí, el doctor Christopher Blackburn es un farsante. Un medicucho que alardea de genialidad. Un vulgar cirujano que se cree prodigioso. No sé cómo engatusó a mi cuñada, pero lo cierto es que lo hizo. Y como ella es la propietaria legal de la mansión…, permitió que ese majadero montase ahí su ridículo manicomio. Creo que de todos los locos que encierra la casa, él es el mayor de todos. Por eso detesta que se mencione la palabra «locura» en su presencia.

—¿Usted no pudo hacer nada por evitarlo?

—¿Evitar yo que Blackburn llevara a cabo su absurdo experimento? Imposible. Belinda era la única que podía decidir. Y decidió.

—Pero ahora vive aquí, con usted…

—¿Qué otra cosa puedo hacer? ¿Dejarla en aquella casa, en peligro de que cualquiera de esos malditos chiflados que allí aloja

Blackburn, pueda atacarla un día? ¿Permitirle oír alaridos, llantos y quejas de los dementes, cuando su cerebro aún no ha reaccionado por completo, tras la horrible experiencia en la cripta? He insistido en que ella resida en este edificio. Primero, Blackburn se negaba. Luego, terminó por acceder.

—¿Y él? ¿Reside con sus pacientes?

—Sí, allí se aloja. Rara vez viene por aquí. Sabe que no simpatizo con él. Belinda no es feliz con él, estoy seguro. Pero ya no puede hacer nada por cambiar las cosas. Todo lo lleva su marido. Ella puso las cosas a su nombre. Una locura más…

Hubo un corto silencio. Casey reflexionaba, ensimismado. Finalmente, alzó la cabeza. Miró con aire inquisitivo a su interlocutor, y le espetó con firmeza:

—¿Por qué me hizo venir, Hartfield? ¿Qué es lo que yo debo investigar aquí?

—¿Y lo pregunta? —Suspiró Matthew—. Usted ha visto ya algo por sus propios ojos, según acaba de contarme…

—¿Se refiere al cementerio? ¿Al ser de la cripta?

—Sí —resopló su anfitrión—. A eso me refiero.

—Creí que tendría una explicación lógica.

—¿La tiene?

—No lo sé. Aquel ser parecía completamente material y tangible. Golpeaba los arbustos al correr. Sus pies chapoteaban en el agua de los charcos…

—¿Ningún aparecido de ultratumba podría hacer tal cosa?

—No lo creo. ¿Qué pretende decirme? ¿Quién cree usted que es el supuesto fantasma?

—Alexander Hartfield, mi hermanastro. Su descripción coincide con la de su apariencia en el ataúd, al ser éste abierto…

—Su hermanastro lleva un año muerto. Su cuerpo estaba corrupto cuando usted lo vio. ¿Cómo cree que un cadáver en estado de putrefacción volvería a la vida?

—Espero que usted me lo explique. Para eso solicitamos que viniera. Para eso le giré a Londres mil libras esterlinas, y estoy dispuesto a pagarle dos mil más cuando esto se aclare o cuando usted haya terminado su tarea, de un modo u otro.

—¿Sólo porque creen que un aparecido monstruoso podría ser su hermanastro, resucitado inexplicablemente, se han molestado en

localizarme, escribirme y enviarme esa importante suma, señor Hartfield? —se sorprendió Nigel Casey.

—Por eso… y por esto —dijo solemnemente Matthew Hartfield, extrayendo de su bolsillo algo que depositó en la mano de su huésped—. Léalo, se lo ruego. Está escrito por Alexander Hartfield.

Casey tomó el pliego de papel, doblado y sellado, que le entregaba su anfitrión. Lo desdobló, calmoso, inclinándose hacia los velones del candelabro. La luz amarilla iluminó el texto escrito allí con letra minuciosa:

«Cuando leáis esto, yo habré muerto. Pero recordadlo siempre: Volveré. Volveré a vosotros…, si es que llego a dejaros alguna vez. Belinda y tú lo sabéis. Yo no puedo morir. No moriré, aunque parezca lo contrario. Hasta mi regreso.

»Alex».

Quedó silencioso el hombre llegado de Londres, releyendo el extraño mensaje. Hartfield le explicó:

—Fue el documento póstumo de Alex. Me lo entregó el albacea testamentario… una vez pasada la fúnebre ceremonia de la cripta. Me causó una tremenda impresión. Me creí obligado a leérselo a mi cuñada, cuando conoció a ese embaucador del doctor Blackburn y quiso casarse con él, se desvaneció de la impresión. Pero no renunció a casarse. Ahora, sin embargo, creo que está francamente amedrentada.

—¿Por la visión de la cripta, supone usted? Me refiero a la de esta noche, no a lo sucedido hace un año, con la lectura del testamento de Alexander Hartfield…

—Es que esta visión ha tenido lugar ya más veces, Casey. Por eso no me asombró demasiado su relato.

—¿Ha sido visto en otras ocasiones el supuesto fantasma de Hartfield?

—Yo no digo que sea o no su fantasma, pero… sí puedo decir que varios habitantes de Wakegate descubrieron en dos o tres ocasiones a un ser de pesadilla, un auténtico cadáver viviente, deambulando por ahí, cubierto de llagas, purulencias y corrupción, despidiendo hedor a muerte… Y huyeron despavoridos ante su presencia, llenos de auténtico horror. Belinda sabe eso. Yo lo sé. Ahora, viene usted ayudarnos, a tratar de que veamos claro en este escalofriante asunto…, ¡y usted mismo presencia una aparición de

ultratumba! Es aterrador, Casey. ¿Se imagina lo que hubiera sucedido si Belinda, al escapar de casa esta noche e ir al cementerio, ante la cripta de Alex, ve emerger esa figura terrible? Podría haber muerto de terror, pese a que su corazón es más fuerte que el mío, y…

Se interrumpió. Volvía más luz por el corredor. Ahora, Lorna entró con dos quinqués encendidos, uno en cada mano. Explicó a Hartfield:

—Ahora le traeré una lata de queroseno, señor, así como otros tres quinqués que encontré en el sótano… Por cierto que aquello está tan oscuro que causa pánico andar por allí, sobre todo después de lo que cuenta la gente de Wakegate últimamente… y escuchando, como se escuchan, los gritos de los locos…, bueno, de los enfermos del doctor Blackburn.

—La comprendo, Lorna —asintió Matthew con un suspiro—. Lleve un quinqué de éstos a la señora Blackburn, por favor. Y traiga esos otros quinqués y el queroseno.

—Sí, señor —dijo ella, encaminándose a la salida, tras una picaresca mirada de soslayo hacia el joven viajero llegado de Londres. Luego, con su movimiento sinuoso, la doncella se alejó por el corredor en sombras.

Los dos hombres volvieron a quedarse solos. En ese momento, sonó el teléfono. Casey sufrió casi un sobresalto. Había llegado a sentirse tan trasladado a otra época, que el sonido moderno de un aparato telefónico lograba sorprenderle de un modo brusco.

—¿Sí? —Preguntó Hartfield, descolgando el negro auricular del pesado aparato colgado del muro—. Sí, es Hartfield Manor. Soy Matthew Hartfield… Ah, ¿es usted, constable Bryans? ¿Ocurre algo de particular en Wakegate…? Sí, entiendo. Lo tendré en cuenta, gracias. No, no creo que nadie se arriesgue a salir de aquí hasta el nuevo día… Buenas noches, constable.

Colgó, ceñudo. Alzó la cabeza y se quedó mirando a su visitante con aire preocupado.

—Las cosas se ponen peor —dijo con acritud—. El que llamaba era el policía de Wakegate, el buen constable Duncan Bryans… Parece que el río se ha desbordado, y tenemos inundaciones en torno. Es un peligro aventurarse en la noche en tales circunstancias… Además, la avería eléctrica abarca toda esta zona.

No podrá ser reparada hasta mañana…

—Paciencia —suspiró Casey—. Nos resignaremos a vivir un poco en el pasado, al menos durante una noche…

—Sí, y precisamente «esta» noche… —Hartfield meneó la cabeza, disgustado—. No me gusta esto, Casey. No me gusta nada. Es como si todo se pusiera en contra nuestra. Como si, realmente, hubiera algo siniestro y amenazador cerca de nosotros…

Fue como una premonición, aparte de coincidir con los ocultos e indefinibles temores del propio Nigel Casey.

Porque sólo un momento más tarde, un grito terrible, desgarrador, llegó hasta ellos desde alguna parte. Era el grito de una mujer aterrorizada, en el paroxismo del horror.

Y esta vez no era la señora Blackburn, Casey lo hubiera jurado. Hartfield se lo confirmó:

—¡El sótano! ¡Ha sonado en el sótano! ¡Lorna…!

Nigel no esperó a más. Echó a correr hacia el oscuro pasillo. De sus ropas extrajo algo que había tenido la precaución de llevar consigo cuando se cambió de ropas y deshizo su maletín: una pistola automática del calibre 32, con su correspondiente cargador completo.

CAPÍTULO IV

—¡LORNA! ¡Loma! —gritó Nigel Casey, sin cesar de correr, a través de la oscuridad de un edificio que desconocía totalmente. Tras él, Matthew Hartfield le iba orientando:

—¡A la derecha, Casey! ¡Ahora, aquella puerta de la izquierda, bajo esa escalera! ¡Tenga cuidado, mucho cuidado…! ¡No sabemos lo que pueda ocurrir, a menos que esa chica se haya asustado por la presencia de alguna rata!

Nigel Casey parecía muy seguro de que aquel grito terrible no pudo ser producido por ninguna rata ni cosa parecida. Algo mucho más grave debió provocar, sin duda, aquel pánico cerval de la pícara joven.

Por si había alguna duda, un nuevo grito, esta vez ronco, ahogado, como un estertor, llegó nítidamente hasta él, por la entreabierta puerta que daba al sótano de la vivienda.

—¡Lorna, ya voy! —gritó Nigel, con voz potente—. ¡No ceda, luche si es preciso…! ¡Luche contra quien sea… o contra lo que sea, muchacha…!

No parecía fácil cumplir sus instrucciones. La voz de Lorna era solamente ahora un gemido ronco, prolongado. Y a ese sonido lastimero, inquietante, se unía de repente otro sonido mucho más estremecedor. Algo susurrante que helaba la sangre en las venas.

Era como un profundo, sibilante jadeo, el sonido de una voz inhumana o acaso de una bestia desconocida.

Un arrastrar siniestro llegó del fondo del oscuro sótano, cuando ya Casey penetraba con violencia, descendiendo unas escaleras estrechas y húmedas. Tras él el resplandor de un quinqué, en manos de Hartfield, le permitía ver el terreno que pisaba, aunque fuese borrosamente.

Así llegó abajo, a unas baldosas grandes, de piedra fría y resbaladiza. Todo el sótano olía a humedad, a abandono. Y a algo

más.

Algo que, de momento, no logró identificar Nigel, pero que le causó profundas náuseas. Luego, comprendió que era el hedor de la propia Muerte, el fuerte olor nauseabundo a carne putrefacta, a corrupción, a hediondez…

En ese momento, asomó arriba Hartfield, con el quinqué en alto. La luz dorada invadió el sótano, haciendo bailotear sombras grotescas y monstruosas sobre los altos muros, chorreantes de humedad.

Nigel lanzó un grito ronco de estupor, de incredulidad rayana en el caos mental.

Descubrió primero a Lorna, encogida, petrificada, con ojos dilatados de horror, allá en un rincón del sótano, tras unos quinqués hechos añicos y de una lata de queroseno volcada. El color de su rostro, de sus manos temblorosas era níveo.

Tenía motivos para sentir terror, para mostrar aquel rostro despavorido, aquella mirada extraviada, fija en el horror viviente que se movía hacia ella…

Si es que «aquello» era, en realidad, un ser viviente y no un cadáver ambulante, un cuerpo corrompido, surgido de la tumba, regresando de la Muerte…

¡Otra vez el mismo ser de pesadilla, la abominable visión de la cripta! ¡El ser monstruoso, de manos descarnadas y sangrantes, de rostro purulento, ojos inyectados y cráneo putrefacto!

Era él quien atacaba a Loma, en el sótano de la casa anexa a la vieja mansión de los Hartfield…

Rápido, Nigel Casey alzó su mano armada. Y se dispuso a hacer fuego sobre aquel monstruo, fuese lo que fuese.

En ese momento llegó la voz potente, autoritaria, desde lo alto de la escalera, como un trallazo:

—¡No, no dispare! ¡No cometa un asesinato, estúpido! ¡No puede hacer daño a ese desdichado!

* * *

Lorna estaba sollozando entre sus brazos. Nigel Casey sentía contra su pecho el contacto vivo, palpitante, de aquel cuerpo turgente, sacudido por los espasmos de la angustia, del miedo, del llanto.

Y frente a él, insólito, terrorífico, pero acaso grotesco e increíble

a la vez, el ser dantesco, horrible, mezcla de náusea y de muerte, de asco y de pavor. Una forma difícilmente reconocible como humana, se arrastraba hacia ella, hacia él. Una forma que él viera antes en la cripta. Una forma que ahora estaba allí. Que parecía surgida de las mismas entrañas del Averno, ardiente y maligna. O del frío oscuro de la propia muerte.

Y, sin embargo, ante el pavoroso ser, ante la criatura repugnante, fétida y amenazadora, surgía aquella voz de arriba, como un clamor, como un grito exasperado de clemencia para el monstruo:

—¡No, no dispare! ¡No cometa un asesinato, estúpido! ¡No puede hacer daño a ese desdichado…!

Miró hacia arriba. Allí estaba aún Matthew Hartfield con su quinqué, iluminando la escena con luz fantasmal. Pero Nigel sabía que no era el joven cuñado de la señora Blackburn quien hablara. Era otra voz. Mucho más dura, más autoritaria, más dominante.

Descubrió al hombre detrás de él Alto, muy alto. Recio y vigoroso cual una mole. Con una corta bata blanca sobre un pantalón oscuro. Cabeza leonina, cabellos crespos, rizosos, mitad oscuros, mitad grises. Rostro macizo y ojos pequeños, oscuros, duros y fríos.

Le miró, agresivo. Estaba casi seguro de quién era. Pero aun así, habló desafiante:

—Le mataré. Sea usted quien sea, le mataré. No me importa lo que diga. Es un monstruo, una criatura horrible y repugnante. Está intentando hacer daño a una mujer. No lo permitiré.

—¡Necio! —Aulló el otro—. ¡Baje ese arma, antes de cometer un error tremendo! ¡Soy el doctor Blackburn!

Sí. Lo sabía. Christopher Blackburn. El médico de los locos. El director del extraño Instituto Clínico Mental. El esposo de Belinda Hartfield.

—No me importa quién sea —porfió Nigel, sorprendido porque su espantoso enemigo no hacía sino rugir, balbucear extraños sonidos, sin llegar a ejercer acción agresiva alguna, enfrentado a ellos, como seguro de que su espantoso aspecto físico era suficiente para arrollar a todo adversario posible—. No me importa nada. Esa… «cosa»…, sea quién sea, es un peligro. Usted no entra en esto, doctor. No tiene jurisdicción sobre la vida y la muerte. Y él…, él es

la Muerte…

—¡Tonterías! —rugió Blackburn, rabioso—. ¡No es nada! ¡No es nadie! ¡Sólo un espantajo, una sombra de lo que no existe, de lo que nunca existió! ¿Es que no se da cuenta?

—¿Cuenta? ¿De qué, doctor? ¡Es un monstruo!

—Evidentemente, nunca ha visto usted cine… —le acusó el doctor Blackburn.

—¿«Cine»? —vaciló Casey, perplejo.

—¡Cine, si! ¡Cine impresionista alemán!

—¿Cine impresionista alemán? —Repitió Casey—. No tiene sentido…

Y no disparaba, no hacía nada, sino sujetar contra sí a Lorna, porque el monstruo no hacía nada. Absolutamente nada. Estaba quieto como una estatua. Escuchando, al parecer embelesado, la escasa poesía de la voz discordante del doctor Blackburn…

—¡Lo tiene! —La voz del médico alienista era severa, agresiva casi—. Ese ser…, ese… ese «monstruo» que usted ha citado… ¡no es más que… que «Míster Macabro»!

—«Míster Macabro»… ¿Qué es «Míster Macabro»? —protestó rabiosamente Casey.

—Justamente eso: «Míster Macabro». Sólo un ser de ficción… Una sombra surgida de una pantalla silenciosa, de una vieja película de cine mudo… «Eso» que tiene usted ahí…, que amenaza a la muchacha…, no es más que el fantasma de un personaje que nunca existió, salvo en una vieja serie de películas alemanas de terror…, allá por 1931. ¡«Míster Macabro», como Drácula, Nosferatu, Fantomas o Frankenstein… NO EXISTE… ni NUNCA existió! A pesar de que lo tenga usted ahí, ante usted…

Nigel Casey hubiera querido hacer algo. Replicar, preguntar, acaso incluso luchar…

Nada de eso le fue posible. Porque en ese preciso momento, el monstruo exhaló un gemido largo y lastimero. Luego, se dejó caer de rodillas. Ocultó su espantosa faz entre las manos, medio esqueléticas.

Y comenzó a sollozar.

* * *

Nigel Casey acarició los suaves cabellos de la doncella. Ella le miró dulcemente, con cierta expresión de somnolencia. Luego, sus

labios carnosos sonrieron. Y quedó dormida con la sonrisa impresa en su rostro.

La enfermera Myrna Halloway retiró la aguja hipodérmica de la piel de la sirvienta. Miró con cierto aire de reproche a Nigel. Y con gesto airado, se apartó del lecho.

—Ya está —dijo—. Dormirá tranquila toda la noche, doctor.

—Perfecto —suspiró Blackburn con voz firme—. Gracias, enfermera Halloway. Esa pobre chica necesita reposo y calma, al menos durante diez o doce horas. Ha pasado un mal rato en el sótano, por culpa de «Míster Macabro».

Nigel Casey giró la cabeza. Tenía aún en sus manos el grueso volumen obtenido de la biblioteca de los Hartfield. Su portada era expresiva, con unas fotografías en colores diluidos, de Douglas Fairbanks, Mary Pickford, Rodolfo Valentino, Conrad Veidt, Peter Lorre y Tom Mix. Su título aparecía en grandes letras rojas: Historia del cine.

—«Míster Macabro»… —repitió, como un eco sordo—. Cielos, nunca vi una de sus películas, doctor Blackburn. Me arrepiento de eso ahora.

—No tiene importancia. Ya tampoco llegué a verlas, salvo el fragmento de una, en un programa doble —rió el doctor Christopher Blackburn—. Pero eso puede subsanarse. Poseo unas copias en dieciséis milímetros de todas sus películas, en total ocho… En todas ellas, «Míster Macabro» es tal como lo acaba de ver. Como a él le gusta aparecer en público, siempre que puede. Sobre todo…, siempre que se escapa de mi establecimiento, que es bastante a menudo, para nuestra desgracia. Posee una gran astucia para burlar toda clase de vigilancias, además de sus condiciones de actor nato. Todo eso le hace peligroso en sumo grado. Sobre todo, por culpa de sus evasiones, de la superstición de la gentes, y de su afán truculento por el horror y el miedo…

—«Míster Macabro» era solamente un personaje cinematográfico, —una criatura de terror, absurda y grotesca, creado por los realizadores germanos del cine impresionista. Como el doctor Mabuse, como los personajes del Gabinete del Doctor Caligari, como tantos y tantos personajes de horror, creados en los estudios alemanes, hasta que los nazis los han expulsado del país. Fritz Lang es uno de los realizadores malditos de ese estilo…— el

joven viajero de Londres hizo un alto en su exposición meditativa. —Cielos…, ¿y por qué ese personaje aparece de pronto en Inglaterra, en 1938? Su última aparición en Berlín data de 1931… Hace ya siete años, doctor Blackburn. Y, desde luego, el actor fue siempre el mismo…

—Siempre el mismo —corroboró el doctor Blackburn—. Bela Konratz, un aceptable actor húngaro, no demasiado genial, pero sí admirable en caracterización. Una especie de nuevo Lon Chaney… a la alemana. Aunque él no sea alemán.

—Y Bela Konratz…

—Es el hombre a quien usted ha visto como un monstruo atroz y temible… —Estaban saliendo ya de la habitación donde Lorna Benson, doncella de los Hartfield, quedaba sumida en un artificioso sopor que serviría de sedante a sus maltrechos nervios—. Bela Konratz, un actor que ha llegado a identificarse tanto con su propio personaje, que casi es imposible diferenciar uno de otro «Míster Macabro», el monstruo anglosajón que los alemanes han sacado en su cine de terror, es Bela Konratz. Y Bela Konratz, es «míster Macabro». Actor y personaje, personaje y actor, forman casi un todo indivisible. Eso, a veces, altera y trastorna un intérprete. Sobre todo, cuando circunstancias ajenas le impiden seguir su labor de actor, cuando súbitamente se ve rota esa dualidad de personalidades por razones ajenas a lo artístico. Eso es lo que sucedió con Bela Konratz cuando los nazis le expulsaron de Alemania, y su director y guionista fueron acusados de semitas y enemigos de Hitler, cayendo en desgracia. De eso hace ya siete años. Ahora, Bela Konratz es sólo un actor… fracasado, triste, derrotado. Un actor que cayó enfermo de una tremenda psicosis difícil de curar. Y que tiene una rara habilidad para evadirse del forzoso régimen de reclusión tolerante que se aplica aquí, en Inglaterra, tierra a la que vino emigrado…, así como para volver a caracterizarse de… de «eso». Del terrible monstruo como usted le ha llegado a conocer en un cementerio, en un sótano, aterrorizando mujeres en la vida real, como antes lo hizo desde una silenciosa y parpadeante pantalla de cinematógrafo mudo…

* * *

—Caracterización… De modo que eso era todo…

—Todo —Matthew Hartfield dispersó sobre la mesa varios

objetos que formaban parte del asombroso maquillaje y postizos de un actor de cine mudo venido a menos, convertido en un recluso de un sanatorio psiquiátrico, donde muchas cosas se le prohibían, pero entre ellas nunca estuvo el derecho suyo a maquillarse, a ser de nuevo aquel «Míster Macabro» que asustó a Europa desde una pantalla de plata, interpretando una terrorífica serie de cine mudo.

Llagas, costras, purulencias, pupilas falsas de cristal, cabellos ficticios, pelucas, casquetes cubiertos de falsas heridas, guantes con manos descamadas… Y pastas, postizos, colores, rellenos… Un mundo increíble de falsedades para la pantalla de otros tiempos. Cuando todo aquello se llevaba.

Y enfrente, increíblemente inofensivo, vencido, roto, cansado, un hombrecillo que, aun siendo alto, parecía pequeño, Huesudo, flaco, pálido, agotado, inmerso en un mundo que no era el que le pertenecía ya. Perdido acaso en el pasado dorado del viejo cine donde fuera una «estrella» triunfante. Ahora, sin maquillajes, sin postizos, sin afeites, sin nada que no fuera él mismo… daba auténtica pena. Una lástima grande y profunda.

Porque Nigel Casey veía que el «monstruo» no era nada ni nadie. Únicamente un espectro. Pero no de los que él trataba en sus libros de parapsicología, de ocultismo o de investigaciones y búsquedas en el Más Allá, sino únicamente de un pobre hombre, de un desdichado de otro tiempo, convertido ahora en lo que era: la sombra de sí mismo. El reflejo de un personaje que nunca fue, pero que creía ser él mismo. Del olvidado, lejano y nostálgico «Míster Macabro»…

—¿Por qué, Konratz? —Preguntó suavemente, acercándose al desdichado—. ¿Por qué todo eso?

Le miró. Bela Konratz tenía un modo casi patético de mirar, acaso heredado de sus tiempos de mimo. Era un Chaplin terrible y grandilocuente. Un hombre habituado a un cine que aún no había aprendido a hablar, no se sabía si por suerte o por desgracia. Ojos enormes. No sangrantes, no terribles, como en su personaje. Sólo tristes. Amargos. Lejanos.

Musitó con voz ronca y distante:

—La mejor de todas fue Vuelve Míster Macabro. También estuvo bien Míster Macabro en los tejados de París. Y La sombra de Míster Macabro… Si, todas eran buenas. Muy buenas… Yo era grande.

Muy grande. ¡El mejor! ¿Qué se hace ahora? ¡Basura, sólo basura!

Y su cara larga y blanca, de mimo sin maquillaje, hacía guiños a una invisible, inexistente cámara de filmación.

Nigel Casey se volvió despacio, con gesto cansado, hacia el doctor Blackburn. Movió la cabeza, entristecido.

—Pobre hombre… —susurró—. No es justo. Él se creó un mundo que no existía, que sólo era cartón piedra, escayola, maquillaje y celuloide… ¿Nunca hizo nada más?

—No pudo —suspiró Blackburn—. Nuestra industria de cine no existe prácticamente. Hollywood le consideró acabado. Y el cine mudo terminó hace unos años. Ya no vale. Son otras cosas las que se llevan, usted lo sabe. Él no lo entiende, pero su instinto lo asimila. Eso le arruinó. Se ha esclavizado a un recuerdo.

—Y ese recuerdo se llama… «Míster Macabro».

—Sí —Blackburn meneó su canosa cabeza—. Mala fortuna, señor Casey. Esta región es rara. Hay supersticiones de otros tiempos. Están los Hartfield, el raro testamento de… de Alexander Hartfield. Todo eso influye. Me irrita que Bela Konratz escape con su maletín de postizos de viejas películas. Enseguida cae en la tentación. Se caracteriza. Y aterra a la gente…

—Pero la señora Blackburn, ¿lo sabía? ¿Lo sabe Matthew Hartfield…?

—No, señor Casey —confesó el médico psiquiatra amargamente —. No se lo revelé a nadie. Y nadie lo sabía…, hasta esta noche. Quise mantener en silencio el problema de ese pobre paciente mío. Y de nada ha servido, por desgracia…

De modo que mi viaje a este lugar no ha servido absolutamente de nada —se quejó con disgusto Nigel—. Los aparecidos, los casos sobrenaturales, las presuntas resurrecciones de Alexander Hartfield…, ¡todo se debía a la existencia de un pobre maníaco pasado de moda!

Se detuvo, casi con dolor, cuando captó la patética mirada, amarga y ensombrecida, del hombre acurrucado allá, al fondo de la estancia, sujeto por una camisa de fuerza, controlado por dos enfermeros del sanatorio psiquiátrico del doctor Blackburn.

Y borrosamente, Nigel Casey recordó cosas. Cosas olvidadas, borradas de su mente, porque pertenecían a otros tiempos, aunque algunos libros especializados, enciclopedias de cine y revistas

dedicadas a la nostalgia, evocaban esas cosas en viejo fotogramas amarillentos. Tau amarillentos como el auténtico rostro de «Míster Macabro», como sus olvidadas películas mudas, de un terror ingenuo y grotesco, basado en grandilocuencias de mimo, de maquillajes y postizos…, pero que, sin embargo, en pleno año 1938, había llegado a causar terror a toda una región inglesa.

—Ya basta —dijo Blackburn, dándose cuenta de las reacciones de su paciente ante lo que allí se hablaba—. Llevaos a ese hombre a su pabellón. Yo me ocuparé después de él. Estas cosas no deben ni pueden repetirse. ¿Ha entendido bien, Konratz?

—Sí, doctor —la voz apagada, dócil, del infortunado enfermo, sonó tristemente en la sala alumbrada por los candelabros, como en tiempos dignos de las películas terroríficas del actor—. Sí, doctor…

Y se alejó de ellos, con el personal clínico en torno, repitiendo de forma monótona aquella cantinela del «sí, doctor», tímido y arrepentido.

Tras su mutis, poco digno de un actor especializado en los horrores, un silencio profundo y violento reinó entre los presentes. Matthew Hartfield jugueteaba con los instrumentos teatrales que servían a «Míster Macabro» para su juego delirante de falso monstruo, reuniéndolos con aire distraído.

—Pobre hombre —susurró—. De haber sabido esto…

—No me hubieran hecho venir hasta aquí con esta horrible noche, ¿no es cierto? —comentó con cierta sequedad Nigel Casey.

—De veras lo siento, amigo mío —Hartfield se volvió hacia él—. Creo que el escrito póstumo de mi hermanastro, el clima de este lugar, la superstición de las gentes… Todo influyó en mi modo de ver las cosas. Me dejé dominar por la mayoría, aún contra mi voluntad… ¿Será capaz de perdonarme alguna vez?

—Supongo que no tengo otro remedio —murmuró cansadamente Nigel, encogiéndose de hombros—. Mañana, en el primer tren que regrese, volveré a Londres, tratando de olvidar todas estas tonterías…

—Gracias, Casey. Es usted muy comprensivo con nosotros. Ese desdichado de Bola Konratz, ¿quién podía imaginar que haría lo que hizo el pobre diablo?

—Bela Konratz… —repitió Nigel, despacio, afirmando—. Voy recordando su historia, ahora que me siento más sereno… Un viejo

actor húngaro… El cine impresionista alemán, los nazis, la forzada huida a América. Hollywood y su «fábrica de ensueños»… Y luego, el olvido, el fracaso, la ruina… Todo muy triste. Pero después de todo, justifica la demencia de ese pobre hombre. Ustedes no tienen la culpa de haber sido engañados por una sugestión. Yo, que nada sabía de la historia de su familia, creí verme ante un ser de ultratumba, allá en el cementerio. Y hace poco tiempo, cuando lo descubrí en el sótano, atacando a la doncella…, creí que todas las leyes naturales se habían alterado súbitamente, permitiendo surgir de la tumba los horrores vivientes más inauditos.

—Y todo se limitaba a un actor loco. Un pobre actor inofensivo… —Matthew Hartfield le contempló, ceñudo—. Me siento tan ridículo, Casey…

—¿Inofensivo ha dicho? —Sonó una voz tras ellos—. ¿Es eso lo que dijo de él nuestro doctor Blackburn, señor Hartfield?

Matthew y Casey se volvieron hacia donde sonaba esa voz. La enfermera Myrna Halloway había entrado en la estancia. Señalaba hacia la mesa.

—Perdonen la interrupción. Volví por esos objetos… El paciente se pone peor si no se los dejamos a su alcance… —se justificó.

—Sí, entiendo… —Matthew Hartfield se los extendió, confuso.

—Perdone —terció Nigel Casey con tono cauto—. ¿Por qué habló usted en ese tono sobre lo inofensivo del actor Bela Konratz, señorita Halloway?

Ella miró a ambos hombres, pensativa. Luego, movió la cabeza, para añadir con voz firme, eludiendo mirarles en ese momento:

—Lo siento, pero creo que el doctor debió mencionarles eso, si quería ser enteramente sincero, señores. El actor Bela Konratz…, mató una vez a una mujer en Hollywood. Fue cuando se presentó su locura. Cuando se creyó, realmente, «Míster Macabro».

—Cielos… —Casey se quedó de una pieza, contemplando a la joven enfermera.

—Sí. Mató a una mujer. Tan ferozmente como las mataba su personaje en las películas… ¿Y saben quién era ella? Su propia esposa, caballeros…

Aún mostraban ellos su enorme estupor ante el informe, cuando Myrna Halloway se retiraba silenciosamente, llevándose consigo los afeites, postizos y maquillajes del temible «Míster Macabro»…

CAPÍTULO V

—SI de algo ha servido este horrible asunto, es para quitarme una obsesión que pudo haberme sido fatal, señor Casey…

—Eso es cierto —asintió despacio Nigel, contemplando respetuosamente a la mujer erguida ante él, en el lecho señorial, con dosel antiguo, como pudo estarlo en plena época victoriana—. Ahora puede usted vivir tranquila, señora. Ya sabe claramente que no soy necesario aquí. Ni yo, ni nadie que se preocupe por lo sobrenatural. Todo se reducía a la acción de un pobre enfermo mental, un viejo actor obsesionado con sus papeles en la pantalla. Un caso, desgraciadamente, bastante habitual en los artistas, cuando su mente se desequilibra. Terminan por no saber quiénes son ellos mismos…

Belinda Hartfield movió la cabeza con lentitud, en sentido afirmativo. Su mirada era triste, sus cabellos caían sobre sus hombros, cubiertos por la seda de un camisón, y el pálido óvalo del rostro revelaba la presencia de unos grandes y dramáticos ojos oscuros, profundos y cansados.

Tenía acentuadas ojeras. Y una especie de pliegues, en las comisuras de su boca, parecían envolver su dificultosa y triste sonrisa en un paréntesis significativo. Era joven aún, pero algo envejecía rápidamente en ella. Casey hubiera querido saber si era su ánimo, su ilusión o algo puramente físico. De cualquier modo, irradiaba magnetismo y personalidad. Pero también amargura y desilusión.

—No sé cómo rogarle que nos perdone. A mi cuñado y a mí —suspiró ella con tono cansado—. No debimos precipitamos, hacerle venir aquí… Pero alguien nos habló de usted, leí sus libros, sus artículos…

—Y pensó en un «cazador de fantasmas» —sonrió Nigel con cierta ironía—. No tiene por qué disculparse, señora. Ya hablé de

ello con su cuñado. Ustedes no podían saber lo que sucedía en la mansión, con ese pobre enfermo. Aunque su esposo debió hablarle de ello, para evitar malentendidos, ciertamente.

—Chris es tan reservado para todas esas cosas… —suspiró ella, refiriéndose evidentemente a Christopher Blackburn, el médico psiquiatra—. Quizá tampoco pensó que fuese todo tan grave. Lo cierto es que ni Matthew ni yo le hicimos partícipe de nuestros temores, por si se burlaba de nosotros. Ahora comprendo que obramos equivocadamente. Pero trate de comprender mi situación, señor Casey. ¿Sabe usted lo que es…, pasar la prueba terrible que yo pasé?

—Lo comprendo muy bien, señora —asintió Nigel, pensativo—. Lo ocurrido aquel día en la cripta, no pudo dejar en usted más que huellas muy penosas y difíciles de olvidar. Su primer esposo fue muy cruel en su testamento, eso es obvio.

—Alex era cruel en todo —musitó ella con un destello repentino en el fondo de sus pupilas, que Casey no dudó en interpretar como un renovado sentimiento de horror a lo desconocido. Pero también al recuerdo mismo de su primer marido—. Muy cruel, señor Casey. Aunque jamás imaginé que llegara a tanto. Ahora, al suceder ciertas cosas, sentí un repentino terror. Las apariciones terroríficas continuaban, alguien entraba y salía de la cripta de mi esposo algunas noches, y quise convencerme de que eso era imposible. Por ello me atreví a ir allí esta noche…

Un temblor sacudió su cuerpo. Casey trató de hacer un gesto, de interrumpirla, pero ella le replicó con otro, enérgicamente, y alzó un brazo, para proseguir, serenamente, pese a la luz de miedo y angustia que asomaba a sus ojos:

—… Por eso me sorprendió usted en el viejo cementerio. Por eso me aterroricé tanto al oírle llegar. Por fortuna, no vi lo peor. Matthew me lo ha referido ya. Eso hubiera sido terrible…

—Verá, señora Blackburn. Todo tiene una explicación. «Míster Macabro» era uno de esos absurdos personajes que se crearon en Hollywood, tratando de seguir las huellas del cine de terror alemán, en los tiempos silentes. Según los guiones, se trataba de un monstruoso asesino, mitad humano, mitad de ultratumba, que surgía de los panteones, se encerraba en criptas y sepulturas, y durante la noche emergía para matar mujeres hermosas…

Naturalmente, ni los propios guionistas sabían lo que escribían. Todo era ridículo y exagerado, pero a la gente le gustaba, y la serie se prolongó. No era una idea original de Hollywood y de sus guionistas, porque el primer film de su género se hizo en los estudios de la UFA, en Berlín, con ese título: «Míster Macabro», y con Bela Konratz en el papel principal. La acción se situaba en un país anglosajón, evidentemente como un simbolismo de la decadencia de las democracias anglosajonas. Ya sabe que los nazis tienen obsesión por esos simbolismos y por culparnos a nosotros de todo lo malo que sucede en el mundo. Al llegar la persecución judía ordenada por Hitler en los círculos artísticos e intelectuales de Alemania, Bela Konratz escapó, huyendo a los Estados Unidos. Y allí siguió la serie, sobre la idea original, pero adulterando ya el tema y su significado, hasta hacer de ello un simple pretexto para cines de barriada. No obstante, los americanos han hecho dinero con «Míster Macabro»…, hasta que el cine sonoro hundió la idea. Konratz enloqueció, parece ser que mató a su propia esposa, en su papel del antihéroe de sus films…, y ahora ha terminado aquí, en Inglaterra, internado en un sanatorio psiquiátrico, convertido en sombra de sí mismo, viviendo una dolorosa ficción sin interrupción, con la máscara de «Míster Macabro» sobre su rostro y sobre su propia vida y su mente…

Nigel Casey enmudeció, tras referir la penosa historia. La actual señora Blackburn movió afirmativamente la cabeza.

—Entiendo, sí —murmuró—. Pobre hombre… Pese a todo, Blackburn debió informarme…

—Lo sé. Matthew opina igual. Pero eso ya no tiene remedio. Ahora conocen la verdad. Ya sabe usted que no soy necesario aquí. Mañana, si la situación se resuelve, y no lo impiden las inundaciones, volveré a Londres.

—No dude que va a cobrar usted todo lo que…

—Por favor, señora Blackburn, no he hecho nada. Por tanto, nada cobraré. Se trató tan sólo de una excursión interesante, un viaje en el que he conocido un caso psicopático digno de figurar en mis archivos y que tal vez un día me dé tema para una historia. Créame, no me deben un solo chelín. Ha sido un placer tratar de ayudarles. Y celebro, ciertamente, que el asunto diste mucho de ser lo que yo me temía.

—¿Usted…, usted, de verdad, cree en aparecidos? —le preguntó ella de repente, con voz temblorosa.

—Supongo que eso no viene ya al caso, señora —sonrió él, animoso—. Este asunto no tiene nada de fantasmal, usted lo ha visto.

—Aun así…, ¿cree usted en una posible vida, más allá de la tumba? —insistió.

—Debo creer —suspiró Nigel—. Soy católico. Para mí, existe esa otra vida.

—No me refería a ella, sino…, a algo diferente. A una segunda vida entre nosotros, regresando de ultratumba. Es decir: a la posibilidad de que un muerto regrese de su sepulcro…

Nigel Casey se quedó callado, meditando. Miró con gesto preocupado a la señora Blackburn. En ese momento, discretamente, entraba en la habitación Matthew Hartfield, el cuñado de la misma. Les contempló en silencio. La esposa del doctor Blackburn ni siquiera le hizo caso. Esperaba la respuesta de Nigel, con auténtica avidez.

—Si usted ha leído mis libros, señora, verá que hablo de casos difíciles de explicar por vías naturales —comentó despacio Nigel, eligiendo cuidadosamente sus palabras—. Eso no quiere decir que yo esté en lo cierto. Puede haber una explicación que no se me haya ocurrido. Si conociéramos una respuesta para eso, sabríamos más que nadie sobre la vida y la muerte.

—Entiendo. No quiere darme una respuesta concreta —se lamentó ella, decepcionada.

—No puedo dársela. Nadie la tiene en realidad. Yo me limito a sugerir, a exponer teorías, a tratar temas que quedaron oscuros a lo largo de la historia. Nada más que eso. Ni siquiera llego a ser un «cazador de fantasmas»…, porque jamás vi uno solo que confirmase mis teorías, Lamento defraudarla. Pero no existe otra realidad, créame.

—De modo que…, el regreso de mi esposo, es imposible.

—Teóricamente, sí. Quizá el espiritismo pueda permitirle establecer un contacto metafísico. Hay quien afirma que el ectoplasma se materializa nítidamente, lo cual tampoco es exacto. Dudo mucho Que se encuentre jamás una prueba evidente. Siempre existirá la duda. Siempre. De ahí lo apasionante del tema…

Ella bajó la cabeza. Apoyó su barbilla en el pecho, cansadamente. Reinó un pesado silencio en el dormitorio. Matthew carraspeó, quizá para romper la pausa.

—Creo que deberíamos descansar todos, Casey —juzgó—. Mañana tendrá usted un día ajetreado, si realmente piensa volver a Londres. Y hoy ni siquiera ha descansado…

—Sí, gracias —aceptó él—. Creo que iré a dormir un poco. Ahora, todos podemos estar ya tranquilos. Ha sido un placer conocerla, señora. Si alguna vez precisa algo de mí, no dude en avisarme.

—¿A pesar… de lo de ahora?

—A pesar de todo. Siempre estaré a su disposición, no lo dude.

Besó la mano pálida y delgada de la mujer, y salió respetuosamente del dormitorio. Matthew le siguió, cerrando la puerta tras él. Parecía reflejar alivio en su rostro.

—Pasará una buena noche —dijo—. Lo sucedido le ha quitado muchas obsesiones. Además, ha aceptado tomar un sedante que rara vez admite. Eso le proporcionará un sueño reparador. Gracias por todo, Casey. Y buenas noche, si no quiere nada más.

—Buenas noches, Hartfield. Espero verle mañana…

—¿Antes de irse? Oh, sí. Yo mismo le llevaré a la estación…, si el camino está transitable para el coche. Es un potente *roadster*. Si no puede él desplazarse, usted menos aún. Tendría que ser nuestro huésped por más tiempo, aunque fuese a la fuerza.

—Espero que la cosa no sea tan grave —sonrió Nigel—. Parece que últimamente ha remitido algo la lluvia.

—Eso es cierto —admitió Matthew—. Bien, ahí tiene a Lorna. Ella le conducirá a su dormitorio. Hasta mañana. Casey.

Matthew también se retiró. La casa iba quedándose desierta y silenciosa. La luz de las velas y los quinqués, le prestaba un aire entre solemne e inquietante. Entre manchas de claridad difusa, descubrió la anatomía siempre sugerente de Lorna, la doncella. Sólo que seguía con el miedo impreso en su rostro. Todavía no había digerido el horror que viviera en el sótano esa misma noche. Pese a conocer la verdad, distaba mucho de estar calmada.

Le acompañó escaleras arriba, con un candelabro en una mano que temblaba. Nigel, caminando a su lado, veía proyectado en el muro el perfil agresivo de su silueta. Pero evidentemente, la noche

no se prestaba a pensamientos eróticos.

—¿Está más tranquila? —preguntó cuando llegaban arriba.

—¿Eh? —Ella le miró, con ojos muy abiertos—. Oh, sí… Bastante más, señor. Fue algo terrible…

—Ya pasó —sonrió animoso él—. Después de todo, sólo se trataba de un pobre loco.

—Pero aquella figura, aquel rostro tan horrible, aquellas cicatrices —tembló evidentemente, y el candelabro osciló en su mano, haciendo bailotear grotescamente las sombras en los muros —. Creo que nunca olvidaré lo sucedido, mientras viva… Le estoy muy agradecida, señor. Usted…, usted trató de ayudarme. Me hubiera salvado, de ser él un auténtico monstruo…

Se había detenido ante una puerta. Le miraba fijamente. Su boca temblaba un poco.

—No esté tan segura, muchacha —confesó, riendo—. No soy ningún héroe.

—Para mí, sí. Usted ignoraba, después de todo, qué era aquello. Sólo cuando lo dijo el doctor Blackburn supimos de ese hombre y de su manía…

—Es cierto. Tal vez sea más valiente de lo que creía. Ahora olvide eso. Vaya a dormir, y dentro de pocas horas habrá llegado la luz del día, y todos nos sentiremos mejor. Creo que entre ese suceso y la avería eléctrica, estamos realmente impresionados. Pero desengáñese, Lorna. No existen los seres como «Míster Macabro». La vida es mucho más rutinaria y vulgar que todo eso…, por fortuna para todos. Buenas noches, muchacha.

Ella parecía dudar, como si esperase algo de él. Pero Nigel no hizo nada. No quería conquistas fáciles. No esta noche, pese a los indudables encantos de la doncella.

—Buenas noches, señor —dijo ella lentamente, al fin, con aire defraudado.

Y se alejó con su candelabro, corredor adelante, en dirección a la escalera que conducía a la planta inferior del anexo. Nigel Casey entró en su alcoba, encendió un fósforo y prendió las dos velas que habían puesto en otro candelabro, sobre su mesilla. Sin saber a ciencia cierta la causa, giró la llave y corrió el pestillo.

No lamentó haber eludido la aventura nocturna. No ahora. Porque no podía saber que aquélla había sido la última vez que

vería con vida a Lorna, la doncella.

No lo supo hasta más tarde. Después del terrible grito de agonía que retumbó en toda la casa, cuando él apenas había conciliado el sueño en la amplia cama de los huéspedes…

* * *

Estaba muerta.

Muerta de un modo horrible, estremecedor.

Nigel Casey jamás se había enfrentado con una forma de muerte tan terrorífica, tan sangrienta y aterradora.

Le costó trabajo identificar en principio a la infortunada joven, tendida de bruces sobre el lustroso *parquet*, en medio de un impresionante charco de sangre. Luego comprobó que era Loma.

Sus ropas aparecían desgarradas como por unas zarpas inhumanas. El uniforme negro, de raso, era puros jirones sobre el cuerpo bañado en sangre. Por entre sus senos corría un río sangriento.

Tras él, llegó Matthew al lugar de la muerte. Luego, un criado y un jardinero. Todos mostraron en sus rostros el horror ante el hallazgo. Las luces bailoteaban en el lugar, dando un tono siniestro a la escena, a las figuras humanas, a las caras, como manchas lívidas en la sombra.

—Dios mío, ¿qué es esto? —Oyó la voz trémula de Matthew Hartfield.

—Sé tanto como usted —confesó roncamente Casey—. He oído el grito, y acudí rápidamente. Lo que es evidente, es que se trata de Lorna, la doncella. Alguien la ha atacado ferozmente. Es una carnicería…

Hartfield asintió, demudado. Los servidores retrocedían, con un murmullo de horror. El espectáculo no era para menos.

El ser que atacó y mató a Loma, no podía calificarse de humano. Nadie mata así a una persona, a menos que sea un demente o una bestia feroz.

—Dios mío, mire eso, Casey… —Sonó la voz apagada, temblorosa, de Matthew Hartfield.

Nigel giró la cabeza, buscando lo que su anfitrión le señalaba en la escena del horror. Descubrió de qué se trataba. Aparecía no lejos del cadáver, virtualmente bañado en sangre humana. Era, evidentemente, el arma del crimen.

—Un rastrillo… —jadeó—. Un rastrillo de jardinería… Cielos, mire sus púas. Son cuatro. Todas ellas sirvieron para ese destrozo brutal…

—No es mi rastrillo… —murmuró el jardinero, acercándose a la herramienta, sin tocarla, con ostensible horror—. No lo es…

—¿Cómo puede estar tan seguro? —Protestó Matthew—. Para mí, todos los rastrillos son iguales…

—El mío tiene el mango más largo…, y mis iniciales grabadas en la madera… Vea, señor. Ese rastrillo…, ese rastrillo tiene algo en el mango… Algo impreso, diría yo…

Nigel Casey se inclinó, con el candelabro cerca del arma ensangrentada. Examinó críticamente lo que mostraba la empuñadura, algo más allá de donde la sangre empapaba la madera.

Se incorporó, demudado. Miró a Matthew Hartfield.

—Es el emblema del Ayuntamiento de York —manifestó roncamente—. Y dice algo más: «Cementerio de Wakegate».

—Dios mío… —Tembló Hartfield, abriendo mucho sus ojos, fijos en el rastrillo—. Pertenece al cementerio, para limpiarlo de hojarasca y hierbas silvestres…

—Sí, Hartfield, eso creo —afirmó despacio Nigel—. Un arma improvisada con un objeto perteneciente al cementerio de Wakegate… ¿Eso no le recuerda algo?

Matthew reflexionó, ceñudo. Luego, de repente, se golpeó en la frente con fuerza.

—¡Una de las películas de «Míster Macabro»! —gritó, horrorizado—. Sucedía algo así, aún lo recuerdo…

—Exacto —suspiró cansadamente Casey—. Él siempre utilizaba objetos de cementerio… Era su obsesión. Como parece serlo la de nuestro misterioso criminal de esta noche… Hartfield, creo que es hora de avisar al doctor Blackburn. Y después…, a la policía.

CAPÍTULO VI

MYRNA HALLOWAY cruzó su mirada con el doctor John Blake.

—¿Y bien, doctor?

Blake se encogió cansadamente de hombros. Su rostro revelaba inquietud.

—No lo encuentran —dijo con voz ronca—. Pero siguen buscando por la casa…

—¿A quién se refiere? —Indagó Nigel, volviendo la cabeza.

—A Bela Konratz, naturalmente —suspiró Myrna, la enfermera —. Ha vuelto a desaparecer.

—Me lo temía —Nigel contempló al doctor Blackburn, agachado junto al cadáver, estudiando las heridas de la infortunada muchacha —. ¿Alguna vez agredió a alguien?

—Nunca —confesó el doctor Blake, frotando con la mano su enérgico mentón, donde la barba azulada iba marcando ya sombras, de cerrada que era. Sus ojos oscuros chispearon—. No logro entender esto…

—Parece bien claro —señaló la enfermera—. Primero, aterrorizó a la chica en el sótano. Luego…, la mató. He oído decir que en sus películas, el personaje de «Míster Macabro» era una mezcla de sensualidad y demencia. Lorna era una chica capaz de despertar instintos primarios en los hombres.

—Evidente —admitió Nigel de mala gana—. Pero ¿cómo pudo llegar esa herramienta del cementerio hasta aquí?

—Tal vez Konratz la trajo consigo, escondida, en su última correría, cuando usted le vio en el cementerio, señor Casey —señaló Blackburn, dirigiéndole una reflexiva mirada de grave expresión—. No me explico otra cosa…

—Usted dijo que Konratz no era peligroso, doctor Blackburn —le recordó ahora el doctor Blake con cierta nota de acritud y reproche en su voz.

—Y no lo fue nunca —replicó fríamente el psiquiatra—. Algo ha cambiado en él. Quizá el suceso de esta noche en el sótano, no sé… Clínicamente, no tiene explicación clara, para serles sincero.

—¡Clínicamente! —Repitió con sarcasmo una voz—. ¿Es que sabe usted acaso lo que significa una explicación clínica, doctor Blackburn? ¡Es usted un simple charlatán, y nada más! ¡No tiene nada de médico, y menos aún de psiquiatra!

—¿Qué es lo que está diciendo, Hartfield? —Rugió el doctor Blackburn, irguiéndose con aire furibundo y encaminándose hacia el cuñado de su esposa—. Maldito sea, retire inmediatamente cuanto ha soltado por esa sucia boca, o todos los presentes serán testigos de sus insultos cuando le demande por calumnias ante los tribunales…

—¡Váyase al diablo, Blackburn! ¡Usted no merece tener un título en su despacho, ni disponer a su antojo de una finca entera, para recluir a sus chiflados en ella! ¡No es responsable de lo que dirige! ¡Es un peligro para la sociedad, para cuantos le rodean, y lo repetiré mil veces! ¡No me importa lo que trate usted de hacerme ante ningún tribunal, porque ellos sabrán lo que sucede, y el Colegio Médico de Inglaterra tendrá que proceder a expulsarle de su profesión!

—¡Le romperé la crisma, estúpido ignorante, por acusarme delante de todo el mundo de cosas que no son ciertas! —Aulló Blackburn—. ¡Lo que le ocurre es que le corroe la envidia por haberme casado con la viuda de su hermano, y ser ahora el verdadero dueño de Hartfield Manor! ¡Usted debe conformarse con las migajas de su testamento, con este anexo y una vida que dista mucho de ser la que esperaba disfrutar después de morir Alexander Hartfield…, porque si no heredaba tanto como la viuda, al menos aspiraba a ser el segundo marido de Belinda! ¿No es eso lo que le pasa, pobre fracasado?

Los dos hombres estaban a punto de llegar a las manos, como dos auténticas fieras y no como dos personas civilizadas, de excelente posición social. Nigel Casey y el doctor Blake lo evitaron a duras penas con su intervención.

—Ya basta, caballeros —cortó agriamente Nigel—. ¿No creen que no es éste el momento de sacar a flote sus rencillas personales y sus problemas familiares? Creo que ninguno de ustedes se hace

demasiado favor al comportarse como dos rufianes o dos personas ebrias.

—El señor Casey tiene razón —corroboró el doctor John Blake con tono seco—. Doctor, ¿qué se hizo de su serenidad, de su buen juicio? Esta escena resulta deplorable para un hombre que se supone debe controlar los nervios y los impulsos de los demás…

Poco a poco, la calma volvía al lugar, aunque ambos hombres seguían midiéndose con ojos fulgurantes, llenos de odio y de rencor. Pausadamente, la situación se normalizó. Pero Nigel Casey creía haber descubierto en unos pocos momentos, todo lo que antes creía solamente adivinar en el clima tenso y difícil de la casa, de sus habitantes, de todo cuanto le rodeaba en Wakegate.

Aunque todo ello, con ser incómodo y desagradable, resultaba ahora muy secundario ante la presencia de aquel cadáver ensangrentado, y la ausencia de Bela Konratz entre el personal de la mansión convertida en manicomio.

—Bien, señores —habló Nigel ahora, encaminándose al teléfono —. Ha llegado la hora de dar cuenta de todo a la policía. Supongo que todos estarán de acuerdo conmigo.

—Sí, desde luego —asintió roncamente el doctor Blackburn.

—Claro, Casey —corroboró Matthew—. Marque el número treinta y cinco. Luego, pida por el constable Duncan Bryans. Es nuestro policía local en Wakegate…

Nigel asintió, descolgando el teléfono. Marcó el número. No recibió comunicación alguna. Colgó de nuevo, esperó señal. Nada.

—No funciona —dijo a Matthew, arrugando el ceño—. No se oye nada.

—No puede ser —protestó Hartfield—. Las líneas telefónicas no pueden haber sufrido daño alguno…

Pero sus intentos resultaron vanos. Tampoco funcionó el teléfono.

—Esperen —dijo Myrna Halloway, la enfermera—. Yo llamaré desde la mansión. Vuelvo enseguida…

Abandonó la casa. Nigel Casey siguió su taconeo con admiración. Era una mujer realmente digna de elogio. Siempre serena, dueña de sí, capaz de llevar cualquier situación, por difícil que fuese.

El silencio que se había hecho entre los cuatro hombres, no

dejaba de ser muy violento. Nigel estudió a todos ellos, uno por uno. Detuvo sus ojos en Blackburn.

—¿Cómo pudo ocurrir, doctor? —preguntó de repente.

—Ocurrir…, ¿qué? —Se sobresaltó el psiquiatra, levantando los ojos hacia él.

—La nueva fuga de Konratz. Creí que lo ponían en lugar seguro, que sería vigilado…

—No nos ha dado tiempo, materialmente —se quejó Blackburn, sombrío—. Lo destiné a una sesión de terapia especial. La doctora Munro cuidaba de él en esos momentos…

—¿Quién?

—La doctora Stephanie Munro, una joven neuropsiquiatra que hace sus prácticas con nosotros —explicó el doctor Blake—. Una mujer muy eficiente en su trabajo. Al no disponer de luz eléctrica para la terapia de *shock*, procedimos a otro tratamiento especial. En esa sala no se ata a los pacientes, sino que se les somete a una acción de calmantes que no les adormecen ni aturden, pero que ejercen una influencia positiva sobre sus mentes.

—Pues no parece ser éste el caso, doctor Blake —dijo Nigel, sarcástico.

—No entiendo lo que pudo ocurrir. La doctora Munro se ausentó unos momentos, dejando a Konratz en plena sesión. No acostumbran a moverse en esos momentos, dado el relajamiento psíquico y físico a que se les somete. Al volver a buscarle, no le halló. Ni nadie le había visto. Lo que es evidente, es que no pudo abandonar la planta. Nuestro criado, Benedek, cuidaba de ella, y nadie pasó ante él en ningún momento. Por eso dudo que Konratz pudiera llegar hasta aquí y cometer el crimen…

—¿Quién, si no él, pudo cometerlo? —replicó agriamente Matthew Hartfield.

—Ya basta, caballeros —cortó Nigel, temiendo otro enfrentamiento con Blackburn—. Tenemos que dar con él, sea como sea. ¿Dijo que Benedek guardaba la salida del piso de los enfermos como Konratz?

—Sí, eso dije.

—Benedek parece muy eficiente —observó Nigel, distraído—. ¿De dónde es? Me refiero, ¿cuál es su nacionalidad? No puede ser inglés. Su apellido, su leve acento extranjero…

—No, no es inglés —admitió Blackburn—. Es centroeuropeo.

—¿Húngaro? —puntualizó Nigel.

—Pues…, sí —Blackburn le contempló, ceñudo—. ¿Por qué lo dice?

—Benedek es húngaro. Como Bela Konratz… —recitó el joven londinense—. Curioso, ¿no?

—¿Por qué? Hay muchos refugiados de Europa en Inglaterra, actualmente. Y aún habrá más, si los alemanes se lanzan a una aventura militar, cuando termine la Guerra Civil española.

—Sólo me refería a esa coincidencia… —Nigel se frotó el mentón—. Benedek debe tener una edad aproximada a la de Konratz… Tal vez se conocieron en Hungría. O en Alemania.

—¿Y qué, si se conocieron? ¿Cómo diablos puedo saber yo eso? —protestó Blackburn.

—No, claro. Usted no puede saberlo, si ellos no se lo dijeron. Pero si fuese así, Benedek, su criado, podría haber ayudado a escapar a Konratz, pensando hacerle un bien. Tenga en cuenta que, para ciertas personas, una clínica psiquiátrica, no deja de ser un manicomio. Y un manicomio significa encierro, reclusión, incluso torturas a veces…

—No me sorprendería que Blackburn torturase a sus pacientes —apuntó malévolamente Hartfield en esos momentos—. Es muy capaz de ello, maldito sea…

Pudo ser el inicio de otro molesto incidente entre ambos hombres. Pero en ese momento, agitada, apareció la enfermera Halloway, de regreso de la mansión. Su informe fue descorazonador para todos:

—No hay línea telefónica. Estamos incomunicados con todo lugar habitado, señores…

Se miraron todos en silencio. Un nuevo motivo de preocupación acababa de presentarse. En plena noche, con el temporal en el exterior, con un loco suelto, con una mujer asesinada brutalmente, con los caminos intransitables por las inundaciones…, el teléfono no comunicaba con ninguna parte.

—Tal vez reparen pronto la avería… —sugirió amargamente el doctor Blake.

—No lo creo, doctor —respondió la enfermera, alarmada—. La doctora Munro cree que no se debe en absoluto a la tormenta.

—¿Qué quiere decir? —Se inquietó el médico.

—Ella ya había intentado utilizar antes el teléfono, porque Bela Konratz no aparece, y es preciso informar de su evasión a la policía… Descubrió que alguien ha averiado todas las líneas de la casa, dejándonos incomunicados…

Un inesperado grito de terror, conmovió a todos los presentes.

—Usted es médico. Y médico de la mente. ¿Qué opina de esto?

—Es una crisis lógica. Mi esposa lleva un tiempo sometida a extrañas presiones. No sé lo que le ocurre, pero se le nota preocupada, temerosa de todo, tiene sus nervios destrozados… Ahora, parece que ha hecho crisis.

Contempló a su esposa tras aplicarle una inyección para calmarla. Estaba comenzando a dormirse, con agitada respiración. Alrededor del lecho, todos la contemplaban, en silencio, tan preocupados como podía estarlo el propio doctor Blackburn.

—Debió descubrir el cuerpo de Lorna desde la puerta del dormitorio —explicó la enfermera Halloway—. Eso le causó un fuerte impacto sobre el sistema nervioso. Acababa de despertar de la acción de otros sedantes, y se encontró con ese horror… Pobre señora Blackburn. Espero que esto no la trastorne en exceso…

—Creo que debería cambiar de aires una temporada, ir a alguna parte más alegre del país —comentó entre dientes Blackburn, ceñudo, apartándose del lecho—. Este lugar la deprime.

—Si no tuviera usted ahí mismo ese maldito sanatorio de locos… —jadeó Hartfield, furioso—. Esa vecindad va a matarla.

—No cabo lo que dice —se enfureció el psiquiatra—. A Belinda le encantan mis experimentos, mis estudios de la mente humana y su curación…

—Claro. Y el dinero de los Hartfield le sirve a usted para sus malditas pruebas, para experimentar sobre cobayas humanas, doctor —se irritó Hartfield—. ¡Se casó con ella sólo por su dinero, para disponer de medios que pusieran en marcha sus absurdas ideas sobre una nueva terapia médica!

—No sabe lo que dice —replicó Blackburn, malhumorado—. Es una gran obra la mía, no lo duden. Algún día lo verán todos. Matthew Hartfield habla sólo con la voz del rencor y de la codicia burlada…

—¡Por favor, dejen de pelear como necios! —Clamó Nigel Casey,

irritado—. Estamos enfrentados a, una rara situación. Piensen en ello. El enfermo Bela Konratz ha huido. No sé si usted, doctor Blackburn, está acertado o no en su terapia, pero aparentemente.

Konratz dista mucho de estar curado o de ser inofensivo. Sigue pensando que él es «Míster Macabro». Y éste asesinaba a sus víctimas como alguien hizo hoy con Loma, la doncella. Por si eso fuera poco, alguien ha cortado las líneas telefónicas, y no me sorprendería nada que fuese obra del mismo que cometió el crimen.

—¿Konratz?

—Digamos Konratz…, o llamémosle «Míster Macabro», si lo prefieren. Para él, ambas personalidades están demasiado ligadas entre sí. No sabría dónde termina el actor y dónde empieza el personaje.

—Pero ambos son una misma persona: el asesino —apuntó Myrna Halloway.

—Conforme. Ambos son la misma persona. Y esa persona puede estar ahí afuera, al acecho, esperando que volvamos a nuestro lecho para atacar de nuevo…

—Eso significa que hemos de permanecer en pie lo que resta de noche… —sugirió Matthew Hartfield.

—O, cuando menos, montar guardias. E ir armados.

—¿Armados…? —Se inquietó Blackburn—. Podrían matar a ese hombre. Y es un enfermo, recuérdenlo. No es responsable de lo que hace…

—Antes de que uno de nosotros sea su víctima, él deberá caer —sostuvo Hartfield, rotundo—. Hay armas en la casa, Casey. Nos armaremos todos debidamente. Yo haré la primera guardia, si es preciso.

—Gracias, Hartfield. Ya arreglaremos eso. Pero de un modo u otro, doctor Blackburn, no hay pretexto alguno para permitir que su paciente siga cometiendo atrocidades. Si hay algún responsable en esto, me temo que será usted, doctor Blackburn. Por no haber sabido aplicar la terapia adecuada a sus pacientes. Cuando menos, a uno de ellos, acaso el más temible: Bela Konratz.

Airado, Blackburn encajó sus mandíbulas hasta hacer chirriar los dientes, dio media vuelta, bruscamente, y abandonó la estancia y el anexo, regresando a la mansión habilitada para sanatorio mental. El doctor Blake, tras un momento de duda, siguió tras él, formulando

una excusa.

—Deben disculpar su punto de vista —dijo—. Habla como científico, no como persona de una comunidad…

—¡Científico…! —Silabeó con ira Hartfield—. Me pregunto si no estará él más loco que sus pacientes…

La enfermera Halloway parecía que iba a decir algo, pero tras abrir la boca, optó por callar y, con paso lento, se encaminó a la salida. Hartfield fue en busca de armas y munición. Tras un instante de duda, Nigel Casey siguió a la joven enfermera resueltamente.

La alcanzó ya en el sendero entre el invernadero y la mansión. Llovía, pero no con tanta fuerza como antes. Pese a todo, los pies se hundían hasta los tobillos en los charcos. La noche era muy oscura. Un bailoteo de luces de emergencia se descubría en la mansión, a través de sus ventanas.

—Señorita Halloway…

—¿Sí? —Ella se volvió, sorprendida—. ¿Desea algo, señor Casey?

—Sólo hablar con usted un momento.

—Adelante —sonrió ella, guareciéndose bajo la marquesina—. Le escucho.

—Señorita Halloway, ¿iba a decir algo hace un momento, cuando lo pensó mejor y se calló?

Ella inclinó la cabeza. Terminó por asentir.

—Sí —convino—. Iba a decir algo.

—¿Qué?

—No era muy ético hacerlo, y menos ante Matthew Hartfield. Yo trabajo para el doctor Blackburn, a fin de cuentas.

—Suponía que se trataba de él. Adelante, puede decírmelo con total confianza, si lo desea. Nadie va a saberlo por mí, se lo aseguro.

—Es algo duro de decir, pero quizá convenga que lo sepa, dadas las circunstancias, señor Casey.

—Llámeme solamente Casey —sonrió él—. Soy lo bastante joven para no sentirme demasiado respetable. Y menos con una muchacha como usted, señorita Halloway.

—Conforme, pero olvide llamarme a mí de ese modo —sonrió a viva fuerza ella—. Soy la enfermera Halloway para los demás. Los amigos pueden llamarme solamente Myrna.

—Gracias, Myrna. Ahora…, adelante. Si quiere, claro está.

—Verá, Casey… —vaciló aún, para luego decidirse ya abiertamente—. Yo… yo temo que haya algo de verdad en lo que dijo Hartfield. El habla con rencor, es cierto, pero no le falta razón. El doctor Christopher Blackburn lleva una terapia equivocada. Y usa a sus pacientes como auténticos conejillos de Indias para sus teorías. ¿Me comprende?

—Sí. Pero eso es más que una opinión. Podría ser una acusación terrible para él.

—Por eso no quería formularla ante nadie. Es muy grave hablar así. De todos modos, en conciencia no puedo seguir con él, si confirmo eso que me temo. Apenas esté segura de que su sanatorio mental es un simple laboratorio de experimentación, y los enfermos simples cobayas, para buscar notoriedad con el dinero de su esposa, renunciaré a mi tarea aquí y me marcharé. Según las consecuencias de su labor, me vería obligada a denunciarle ante las autoridades médicas.

—¿Es peligroso?

—Lo es su modo de trabajar, lo son sus teorías sobre la mente humana. Ese…, ese tratamiento de la doctora Munro, que suple al tratamiento habitual de *shock*…, es monstruoso. Inhumano, diría yo.

—¿Qué quiere decir?

—Blackburn ha hallado una nueva serie de drogas. Las prueba en sus pacientes. Bela Konratz estaba mucho mejor al ingresar ahí que ahora. Se ha vuelto un paranoico absoluto. Ya, ni siquiera sabe quién es.

—¿Y antes lo sabía, al ingresar en el establecimiento del doctor Blackburn?

—Sí. Era mucho más normal. Incluso parecía camino de la curación definitiva. Esas drogas no curan. Ni calman. Adormecen el cerebro. Pero lo atrofian. Y creo que dejan las obsesiones, las dolencias, impresas indeleblemente en la única parte no dañada por la droga inyectada. Convierten a los enfermos en peleles que se creen curados.

—Myrna, si esto se denuncia puede ser el fin de Blackburn. De su carrera…, e incluso de su libertad. Un tribunal podría condenarle por uso imprudente de fármacos ilegales…

—Lo sé. En el fondo está asustado. Pero es tarde para volverse

atrás, y debe seguir con el tratamiento o…

—O…, ¿qué? —preguntó Casey, notando la tensión en la voz de la joven.

—O los resultados serían imprevisibles, y sus consecuencias quizá fatales. ¿Qué podrían hacer esos pacientes, al dejarles sin su droga habitual? ¿Se volverían peligrosos, crueles, amenazadores…, o morirían en medio de horribles sufrimientos? Cualquier final sería realmente terrible para todos.

—La fuga de Konratz, su crimen…, pueden poner al descubierto todo el tinglado de la errónea medicina del doctor Blackburn, Myrna.

—Eso me temo. Él hará todo lo posible por impedir que se sepa. Si da caza a Konratz, será capaz de matarlo clínicamente, para justificar luego de alguna forma su evasión y su crimen. La doctora Munro, aunque es buena profesional, empieza ahora y se siente influenciada por las teorías del doctor Blackburn. Le es fiel, y le apoya en todo. Tendremos que…

—¡Eh, Myrna! ¡Mire eso! —gritó roncamente Nigel Casey, señalando de pronto hacia uno de los ventanales iluminados de la mansión.

La joven enfermera giró la cabeza. Con gesto de horror, contempló lo que señalaba Casey.

La sombra gigantesca, recortada de repente en el vidrio iluminado de la mansión, era perfectamente reconocible por su perfil encorvado, por sus largos brazos, sus garras al aire, como zarpas de un extraño animal…

—¡«Míster Macabro»! —Gimió Myrna Halloway, angustiada—. ¡Es él!

Sí. Era él. Pero eso no era lo peor. Ahora, otra silueta se recortaba allí, frente a la sombra del monstruo. Ésa era la perteneciente a una mujer, a juzgar por el perfil de sus largos cabellos, de sus senos…

El fantástico personaje de las pantallas del cine mudo, cayó sobre la mujer súbitamente. Las dos sombras se confundieron en una sola.

Luego, sonó un largo, terrible, desgarrador alarido.

Y de pronto, con un estrépito de vidrios formidable, una forma humana salvó el hueco de la ventana y cayó a las baldosas de

piedra de allá abajo, donde chocó con un sordo, siniestro impacto.

Arriba, tras la vidriera destrozada, la sombra fantasmal de «Míster Macabro», se perdió, hasta desaparecer…

CAPÍTULO VII

TRAS unos momentos de indecisión, echaron a correr hacia el lugar del drama.

Nigel Casey sujetaba por un brazo a la enfermera, tratando de evitar que pudiese caer en cualquiera de los grandes charcos de lluvia. Ahora no le importó mojarse. Llegaron al pie mismo del gran edificio. Se quedaron contemplando con horror la escena.

El cuerpo yacía de lado sobre las baldosas. Se había aplastado el cráneo en la caída, pero eso no era todo. En su pecho, sobresalía un hierro agudo, un trozo de metal oxidado, puntiagudo, clavado hasta el fondo de sus senos.

Era una mujer. Una mujer vestida con bata blanca, de largos cabellos oscuros…

—Dios mío, Casey… —Se tambaleó Myrna—. Es ella, la doctora Munro…

Miró Nigel arriba, a la ventana iluminada y rota. Los vidrios salpicaban todo el suelo, en torno al lugar donde yacía el cadáver. Hubiera muerto de resultas del impacto, pero ya estaba muerta al caer. Aquel hierro punzante había destrozado su corazón en el acto.

—¿Quiere quedarse aquí sola? —Preguntó a Myrna—. Si sucede algo, grite. Yo iré arriba, sea como sea…

—Tenga cuidado —gimió la enfermera—. ¡Es la planta de los locos más difíciles y peligrosos!

—Lo tendré en cuenta —prometió Casey, corriendo ya hacia la puerta de entrada—. ¡No se mueva de ahí, por el amor de Dios!

Nigel alcanzó la entrada al edificio, llamó con energía, rabiosamente casi.

Cuando Benedek le abrió, no se anduvo con rodeos. Empujó al criado, y corrió escaleras arriba, al tiempo que gritaba:

—¡Llame al doctor Blackburn, al doctor Blake, a todo el mundo, Benedek! ¡La doctora Munro acaba de ser asesinada por «Míster

Macabro»! ¡Y él se encuentra aquí dentro en estos momentos!

Benedek, estupefacto, se quedó contemplándole mientras llegaba arriba Nigel Casey, y corría por un largo pasillo, en busca de la ventana trágica. No tardó en dar con ella.

Pertenecía al fondo de una amplia sala, un quirófano alumbrado ahora por varios quinqués con pantallas de metal espejeante, para dar más luz. El enorme boquete en los vidrios, marcaba el sendero trágico seguido por la víctima del monstruo.

Se asomó Casey al hueco. Vio abajo a Myrna Halloway, junto al cuerpo de la doctora Munro. Se veían luces en el anexo, y alguien acudía al lugar del suceso, con un quinqué y algo que, desde allí, brillaba con el destello del frío acero. Sin duda un rifle, para protegerse de los peligros de la siniestra noche, pensó Casey.

—¡Myrna, no tema! —llamó—. ¡Ya viene ayuda para usted!

—Casey, ¿y ahí dentro? ¿Qué sucede? ¿Dónde está… él? —susurro la enfermera, trémula.

—No lo sé. No he visto ni rastro, pero ha de estar en alguna parte… Bajaré enseguida.

Regresó Casey al interior del edificio. Se encontró con el doctor Blake, demudado y jadeante por el corredor. Se detuvo ante él.

—¿Qué es lo que ocurre, Casey? —demandó—. Oí un grito, ruido de vidrios… Y ahora, Benedek dice que usted parece haberse vuelto loco…

—¿Loco? Mire abajo. Alguien arrojó desde el quirófano a la doctora Munro.

—¡Cielos, no!

—Está muerta. Pero ya lo estaba al caer. Le clavaron un hierro punzante en el pecho. Vimos el crimen la enfermera Halloway y yo. Reconocimos la silueta del agresor. Era «Míster Macabro»…

—Dios… —Lívido, Blake se apoyó en el muro—. ¿Era su perfil, su figura tal como se caracteriza Konratz?

—Exacto: su nariz corva, su figura jorobada, sus manos postizas… Todo. Mató a la doctora brutalmente, y empujó su cuerpo al exterior… Creo que el hierro que lleva clavado ella en el pecho…, debió pertenecer a la verja de alguna sepultura, o mucho me equivoco.

* * *

No se equivocaba lo más mínimo.

Era un hierro oxidado, arrancado de la verja de algún sepulcro. Una vez más, «Míster Macabro» usaba armas relacionadas con la muerte. Como en sus viejas y ridículas películas de terror…

Pero ahora no había nada de ridículo en todo aquello. El terror era real, evidente. Había ya dos cadáveres. Dos mujeres asesinadas brutalmente, como falsamente lo habían sido las exuberantes actrices de los films de Konratz, en el pasado.

Alrededor del nuevo cadáver, se hizo un silencio profundo en la noche. Una manta lo envolvió piadosamente, y se procedió a introducirlo en el edificio, ya que no era posible esperar la llegada inmediata de la policía, dada la situación. Serrín abundante cayó sobre el rojo manchón que marcaba el lugar donde se hundiera el cráneo de la doctora Munro, en su contacto con el suelo de piedra.

Dentro de la mansión, reinaba un clima de tensión y angustia, realzado por las luces de cera y de petróleo. La Inquietud y la zozobra aparecían en todos los rostros. El doctor Blackburn regresó de la planta alta, con paso lento y gesto cansado.

—He hecho encerrar a todos los pacientes —murmuró—. Están bajo llave. Ninguno puede escapar.

—¿Y Bela Konratz? —preguntó Casey secamente.

—No puedo entenderlo —se encogió de hombros el médico—. No aparece. No está en parte alguna… O se ha evaporado en el aire, o se lo ha tragado la tierra.

—Tal vez la mansión tenga algún pasaje oculto —sugirió la enfermera Halloway—. Estos viejos edificios Victorianos, acostumbraban a tener cosas así.

—Sólo en las novelas —rechazó Matthew con un suspiro. Que yo sepa, ningún Hartfield encontró jamás pasadizo alguno en estas casas. Menos aún podría hallarlo un enfermo mental.

—Bien, ¿y qué podemos hacer ahora? —preguntó el doctor Blake.

—Creo que todos tenemos una idea bastante aproximada de lo que conviene hacer cuanto antes, a la espera del nuevo día, y de que la policía pueda ayudamos con sus recursos —habló gravemente Casey.

—¿Y es…?

—Buscar a «Míster Macabro».

—Pero ¿dónde? —protestó Blackburn, malhumorado—. Aquí no

está. No puede estar… Todo ha sido revisado a fondo.

—Entonces, fuera de aquí —sugirió Casey—. Es pura lógica, ¿no creen?

—Sí, pero ¿dónde? Hay muchos lugares donde buscar —habló Hartfield, ceñudo—. Jardines, campos… Y la noche está oscura. Demasiado, para poderlo hallar. Además, existe el peligro de hundirse en las aguas y no reaparecer más. Éstas son tierras pantanosas, y más aún en noches de lluvia torrencial. Es un peligro aventurarse en el exterior.

—También es un peligro permanecer cruzados de brazos —señaló secamente Casey—. Ya van dos personas muertas. Dos mujeres. Recuerden que «Míster Macabro» sólo mataba mujeres en sus películas… Y así sigue sucediendo. Primero Lorna, luego la doctora Munro… ¿Y ahora, quién más? Tenemos aquí a la señora Hartfield, tenemos a la enfermera Halloway… No podemos correr riesgos con sus vidas.

—Si supiera usted dónde buscar, eso tendría algún sentido —señaló el doctor Blake—. Pero ¿cómo sabe el lugar que escogería un hombre como Konratz para ocultarse?

—Muy sencillo —suspiró cansadamente Nigel Casey—. En el cementerio. En el viejo cementerio de Wakegate. Y hasta allá voy a llegarme, ocurra lo que ocurra…

* * *

—Ha sido una idea demencial, Casey.

—Nadie le invitó a acompañarme, Hartfield. Aún puede volverse.

—¿Yo solo? —Matthew meneó la cabeza de lado a lado, enfáticamente—. Ni por todo el oro del mundo. Ya no. Opté por acompañarle, deseoso de encontrar a ese monstruo y que esta pesadilla termine. Más por Belinda que por mí. Si Konratz está oculto en el cementerio, maldito sea, quiero que sea la última felonía que haga…

Y al decirlo, enarbolaba significativamente el rifle de que se había provisto, cargado de munición.

Casey no dijo nada. Abría la marcha, con una linterna eléctrica iluminando el camino, mientras su compañero llevaba un quinqué protegido con una pantalla de metal, para evitar que la lluvia, ahora intermitente, aunque de gruesos goterones, apagara la llama.

El sendero era un barrizal, resbaladizo e intransitable. La noche, oscura como boca de lobo, y barrida por ráfagas frías y húmedas que calaban hasta los huesos. La escena era dantesca, pero Nigel Casey no se volvía atrás. Decididamente, pisaba aquel suelo pantanoso y difícil, siempre en dirección al viejo cementerio donde viera por vez primera al temible personaje.

Tras un trecho caminando en silencio, Casey hizo de pronto la pregunta:

—¿La quiere usted tanto, Hartfield?

Una pausa. Luego, la voz de Matthew, ligeramente emocionada:

—¿A Belinda? Sí, mucho…

—¿Es afecto de cuñado…, o amor?

—Es amor, Casey. Estoy enamorado de ella. Hace años.

—¿Ya en vida de su hermano?

—Claro. Antes que él. Era yo quien debía casarse con Belinda. Cometí el error de ser demasiado tímido entonces. Alexander era diferente. Audaz, burlón, desafiante. Me ganó la partida…, sólo para hacer desgraciada a su mujer. Luego, murió enfermo. Mentalmente enfermo, diría yo.

—¿También él?

—Creo que siempre fue anormal. Incluso su fanfarronería y su audacia no eran normales. Su testamento, sus palabras inquietantes, demuestran que gozaba haciendo sufrir a los demás. Belinda fue muy desgraciada. Y sigue siéndolo.

—Después tuvo usted su ocasión. Por segunda vez, Hartfield. Y dejó que el doctor Blackburn le ganara la partida. ¿Otro error de timidez?

—No. Esta vez era diferente. Quise respetar la viudedad de Belinda. Cuando me di cuenta, se había dejado engatusar por ese hombre, y se habían prometido. Intenté evitarlo en vano. Se casó. Se convirtió en la señora Blackburn, Casey. Y fue para peor. Ese hombre sólo buscaba su dinero. Ahora lo tiene. Y lo maneja generosamente…, para sí y para sus caprichos.

—¿Le cree tan mal médico como dice, Hartfield?

—No lo sé. Pero hay algo en él que no me gusta. De todos modos, no creo que sea un buen psiquiatra. He visto a veces a alguno de sus pacientes. Parecen espectros, cadáveres ambulantes. Ese pobre diablo de Konratz es otro ejemplo de lo que digo…

—Sí, entiendo —asintió Casey—. De todos modos, a usted le va bien que esto suceda, Hartfield.

—¿Qué quiere decir? —se alarmó Matthew.

—Está bien claro. Puede que Blackburn fracase ahora en su tarea. Esto se sabrá, y se pedirá una investigación. Es posible que le quiten su establecimiento. Incluso que le procesen. Usted será quien más salga ganando con todo ello. Verá satisfecho, cuando menos, su rencor hacia Blackburn.

—Ahora no pienso en eso, sino en las consecuencias de sus errores, Casey. ¿De qué me sirve que él fracase, si ha de ser a tan alto precio como todos estamos pagando, empezando por la propia Belinda?

—Sí, quizá tenga razón… —Casey se encogió de hombros. Luego, se detuvo en seco. Alzó su linterna—. Ahí lo tenemos. Hemos llegado al cementerio viejo…

Estremecióse Hartfield, algo perdida su seguridad anterior, a la vista de los viejos y decrépitos muros del antiguo camposanto. Tras una indecisión, hizo oscilar la luz en su mano.

—Bien —dijo—. ¿A qué esperamos? ¿Vamos adelante?

—Sí —asintió Casey—. Vamos ya.

Y él extrajo también un arma de su bolsillo. Un revólver, que apretó con fuerza, avanzando con paso firme hacia la herrumbrosa puerta del olvidado cementerio.

Poco después, pisaban ya los hierbajos, la arenilla y los charcos entre las lápidas, cruces y mausoleos. La linterna de Nigel Casey apuntó al fondo, a una cripta determinada.

—Allí —dijo—. Es la de su hermano Alexander Hartfield, ¿verdad?

—Sí —la voz de Matthew sonaba ronca—. Es aquélla. ¿Va a registrarla acaso?

—En primer lugar —asintió Casey, muy enérgico—. Ya se ocultó allí una vez. ¿Por qué no la segunda?

—No sé… Es una dura prueba para mí. Recuerde lo que sucedió con Alex y su testamento.

—No lo he olvidado. Pero piense que no estamos tratando con espectros ni con difuntos resucitados, sino solamente con un demente, un maníaco que vive una doble existencia, que ha dejado de ser ya él mismo, para convertirse en un ser que nunca existió, un

simple fantasma del celuloide, pero tan peligroso como si fuese un verdadero monstruo…

—Sí, tiene razón —agitó su rifle—. A esa clase de apariciones sí les afectan las balas de un rifle, ¿no es cierto?

—Claro. Pero no tire a matar, mientras sea posible evitarlo. Preferiría vivo a ese hombre. Hay algo en todo esto que no entiendo…, y me gustaría que él me lo explicara, aunque fuese a su modo.

—¿Qué es lo que no entiende? —Se intrigó Hartfield, mirándole sorprendido.

—Ni siquiera lo sé. Dejemos eso ahora. Y sigamos. Mire la puerta de la cripta. Sigue sin cerrarse…

Era cierto. Hartfield tembló ostensiblemente, dando un instintivo paso atrás. El aire movía, haciendo emitir chirridos lastimeros, a la puerta de hierro forjado que conducía al interior de la cripta.

Más allá, una zona de sombras se presentaba como el más amenazador de los mundos, como una región límite entre la vida y la muerte. Un lugar que podía ocultar todos los horrores del mundo.

Nigel llegó a la puerta chirriante. La empujó, decidido. Avanzó, lámpara en ristre, iluminando el interior… Dos o tres murciélagos emprendieron el vuelo, pasando junto a su rostro, y rozándole con la fría viscosidad de sus alas membranosas. Hartfield se echó atrás con un gemido, y estuvo a punto de disparar su arma.

—Calma —recomendó fríamente Casey—. No pierda el control de sus nervios. Por ahora, no veo nada de particular aquí…

Llegaron al interior de la cripta. Una zona en sombra permanecía allá al fondo, a donde aún no había llegado el chorro de luz de la linterna de Casey. Éste alzó poco a poco su luz.

La proyectó sobre el interior. Dibujó nítidamente algo… Una figura. Luego, un rostro de pesadilla, obsesivo y terrible…

—¡«Míster Macabro»! —aulló Matthew Hartfield, alzando su rifle instintivamente.

La figura se hizo alta, gigantesca, encorvada… Y una mano purulenta y horrible, enarboló hacia ellos un objeto de piedra… Era una cruz de mármol, arrancada de un sepulcro, el de Alexander Hartfield…

—¡Atrás! —rugió Casey, cuando la cruz de mármol se les vino encima, manipulada por las monstruosas manos de aquel ser de

pesadilla.

Luego, al golpear su linterna, la apagó con un quebrar de vidrios. Hartfield, en el terror del momento, había soltado su quinqué, que rodó por el suelo de la cripta, apagándose también su luz.

Disparó Hartfield en las tinieblas. Un rugido inhumano, brutal, surgió ante ellos, en la ahora densa masa de sombras. En vano trató Casey de buscar algo, sin atreverse a disparar su arma.

—¡Creo que le he dado! —gritó triunfalmente Matthew Hartfield.

Nigel Casey no dijo nada. Pero algo pasó junto a él, con la fuerza de un coloso, y le arrojó de lado contra el muro de piedra. Disparó al aire Nigel, gritando:

—¡Alto, Konratz! ¡Alto, «Míster Macabro»! ¡No tienes salida posible! ¡Estás en nuestro poder…!

Pero no se detuvo. La sombra flotó un momento en la puerta, recortándose contra la noche sombría, iluminada fugazmente por un lejano relámpago. Ahora, Casey disparó, pero su bala se perdió en el aire.

Tropezó con Hartfield, caído a sus pies, en su afán de dar caza al monstruo. Le ayudó a incorporarse, y juntos salieron al exterior. No tenían luces ahora, y la lluvia apagó sus fósforos. En alguna parte, chapoteos irregulares marcaban la fuga de alguien, hacia alguna parte…

—Se nos escapa —se lamentó Casey.

—Estoy seguro de que lo herí —insistió Hartfield.

—Herido o no, se nos va. El conoce bien el terreno. Nosotros, ni siquiera tenemos luces para ir tras él… Me temo que hemos vuelto a perderlo. Pero ahora sabemos que, ciertamente, «Míster Macabro» es un asesino.

—¿Es que lo dudó alguna vez? —se sorprendió Matthew.

Sí —suspiró Nigel, desconcertante—. Lo dudé. Ahora, empiezo a ver más claro. Volvamos a la casa. Ya nada podemos hacer aquí… Y es posible que allí haya mujeres en peligro.

—La enfermera…, ¡y Belinda! —gimió Hartfield, nervioso—. ¡Vamos, por Dios, lleguemos lo antes posible! Tal vez venir aquí esta noche haya sido un error, un tremendo error…

—Tal vez. O puede que no… —dijo enigmáticamente Nigel

Casey, emprendiendo con paso rápido el regreso a Hartfield Manor, a través de la oscura noche.

* * *

La madrugada, cuando menos, parecía transcurrir en calma.

Myrna Halloway sentía sueño, pero luchaba por no dejarse vencer por él. Allá, tras la puerta cerrada, dormía apaciblemente la señora Blackburn, en otros tiempos señora de Alexander Hartfield. Había orden estricta de no molestar su reposo de no ser absolutamente imprescindible. El efecto de la droga era tan suave, que cualquier ruido brusco o la presencia de una persona, podía molestar su reposo.

Pero pese a ella, Myrna había sido designada por Blackburn para cuidar de su esposa. Myrna atendía esa labor. Y se preguntaba para qué podía ella necesitar lo que Casey insistiera en dejar en el bolsillo de su blanco uniforme, cuando se ausentó en su nocturna expedición al viejo cementerio: una pequeña pistola automática, presta a disparar en cualquier momento.

«Si realmente necesitara hacerlo, dudo que supiese apretar el gatillo —se decía a sí misma la joven enfermera durante su vela—. Este lugar me da miedo, lo admito. Pero es un miedo diferente. Un miedo que no puede resolverse con un arma de fuego. Aunque soy enfermera, aunque sé que todo tiene una explicación racional y lógica…, hay algo que me asusta. Algo que tal vez sea de ultratumba…, o tal vez no. Pero que está presente en torno mío. Es algo maligno, algo horrible e inquietante, que puede surgir en cualquier momento…, y destruimos a todos».

No eran ideas muy alentadoras. Sobre todo, estando sola, junto a una mujer enferma, en una casa donde ahora solamente estaban ella, la señora Blackburn en su sueño reparador, y dos sirvientes, también armados, guardando los accesos a la casa, por orden del propio Matthew Hartfield.

—Si al menos pudiera regresar pronto él… —murmuró para sí Myrna Halloway—. Ese hombre sí me da confianza, me inspira respeto. Me siento segura, cerca de él…

Y, naturalmente, se refería a Nigel Casey, el joven escritor londinense reclamado para buscar unos fantasmas que jamás existieron en Hartfield Manor.

Los minutos desde que ellos partieron, se hacían siglos para

Myrna. Pensando en todo ello, se adormeció levemente.

Luego, de pronto, se incorporó sobresaltada. Escuchó, atenta.

Había creído oír un ruido. Un leve ruido, extraño e inexplicable, no lejos de ella. Miró alrededor, tocando instintivamente el frío acero del arma, como si eso pudiera confortarla.

No vio nada. Miró hacia el lugar de donde creyera percibir el sonido. Sacudió la cabeza.

No. Allí no era. No podía ser. A menos que…

A menos que Belinda Blackburn se hubiera despertado. O que…, ¡alguien hubiese entrado en la cámara, sin verlo ella!

La idea le provocó un escalofrío que hizo erizar sus cabellos en la nuca, bajo la cofia blanca de su profesión. Luego, amedrentada, corrió a la puerta. Y se decidió a abrirla, pese a las instrucciones dadas en sentido contrario.

Asomó a la cámara en penumbras, con un quinqué mortecino, no lejos del lecho con dosel. Avanzó unos pasos. Se quedó petrificada.

¡En el lecho no había nadie!

La cama estaba deshecha, pero sin la presencia de Belinda Blackburn entre las sábanas…

Luego, captó otra vez el extraño ruido, a su derecha. Giró la cabeza.

Casi lanzó un grito de terror ante la presencia de la lívida máscara, flotando en la penumbra, como un espectro de ultratumba.

Pero muy a tiempo, la voz suave la calmó:

—No, no grite, muchacha… No grite, no alarme a nadie… Soy yo. Yo… No sucede nada anormal, créame…

Sí, era ella. Belinda Blackburn. La señora Blackburn. La exseñora Hartfield. Pálida, vacilante, regresando al lecho con paso lento. Pero regresando…, ¿de dónde?

Los ojos atónitos de la enfermera se clavaron en aquella puerta abierta en el aparente muro de sólido revestimiento de madera de nogal. No era un panel…, sino un acceso.

Una puerta pequeña. Oculta.

Una puerta secreta…

Recordó su sugerencia a Nigel Casey: ¡una puerta secreta, un pasadizo!

—Pero…, pero ¿de dónde viene, señora? —musitó—. La creía en

reposo. Y esa puerta… No sabía que existiera…

—Nadie lo sabe —sonrió ella, llegando al lecho. Iba a meterse en él, cuando Myrna dilató sus ojos.

¡La señora Blackburn estaba sangrando!

Contempló las gotas de sangre en la sábana, en la alfombra… La sangre brotaba de su brazo. Corrió a ella. Alzó su camisón de largas mangas. Descubrió la herida. ¡Un orificio redondo, de bala!

—Señora Blackburn… —murmuró, mirándole con asombro—. Pero ¿qué significa eso?

—Significa que me han herido esta noche —jadeó ella con extraña voz—. Me han herido en la cripta del cementerio… No, no mire en ese pasadizo. No le gustaría lo que iba a ver…

Pese a la advertencia, Myrna Halloway acudió rápidamente allí, decidida a ver lo que ocurría.

Descubrió en el suelo, un bulto del que escapaban afeites, postizos, objetos de caracterización…

Y a su lado, no lejos de ello…, un cuerpo sin vida. Rígido ya, lívido. Reconocible, porque iba sin maquillaje alguno encima.

—¡Dios mío! —Chilló Myrna—. ¡Es Bela Konratz!

—Sí —dijo la voz de Belinda Blackburn tras ella, con tono demoníaco—. Ahora…, ahora YO SOY «Míster Macabro», querida… Lástima que lo haya descubierto. Significa la muerte…

Se volvió. Y chilló con terror, al ver el hierro oxidado que ella iba a clavarle…

Epílogo

PARA MYRNA Halloway, enfermera de la residencia de enfermos mentales del doctor Christopher Blackburn, aquélla era forzosamente su máxima situación de horror y de pánico que recordaba haber vivido en toda su existencia, justamente cuando ésta se hallaba ya al borde mismo de su trágico final.

Pero lo que Myrna no podía imaginar en modo alguno, es que pudiese haber otra situación aún más terrorífica que aquélla en que, enfrentada a un imprevisto alucinante, descubría al fin el horrendo misterio de Hartfield, el oculto significado de muchas y siniestras cosas que hasta entonces no tuvieran sentido.

Lo cierto es que ella, en aquel supremo instante en que su vida pendía de un hilo, con el espectro aterrador de aquella mujer frente a ella, aquella enferma patética, transformada de súbito en un monstruo de maldad, odio y destrucción, Myrna no pudo soñar siquiera con otra situación más terrible que aquélla. Estuvo segura, cuando se vio con la muerte cara a cara, con aquella máscara ignorada e insospechada del miedo y de la sangre ante sí, que no podía haber un «más allá» que superase en horror lo que estaba viviendo.

Y, sin embargo…

Sin embargo, muy pronto, aquella misma noche de pesadilla, en aquel lugar dantesco, iba a vivir su segunda y más delirante experiencia.

Porque ahora, cuando el hierro mortal cayó sobre su cabeza, no fue el chasquido siniestro de su cabeza rota lo que resonó en el dormitorio de Belinda Hartfield, actualmente esposa del doctor Blackburn…, sino el chasquido brutal de la madera de un mueble, desgajada por el impacto violento del arma en manos de la demencial mujer.

Myrna, con rapidez increíble de reflejos, con un agudo instinto

de conservación, exacerbado por el pánico, había logrado saltar a un lado, evadirse de la criminal acción de aquella mujer, que poco antes parecía dominada por los sedantes y las potentes drogas narcóticas, adormecedoras, por los tratamientos intensivos del propio doctor Blackburn, para dominar el estado general de su mujer. Y que ahora, bruscamente, revelaba, bajo la faz dolorida, triste y patética que todos conocían, una nueva cara, una máscara insospechada, como en un dantesco grand guignol o como en una de aquellas tétricas películas mudas que el infortunado Bela Konratz interpretara en los estudios de la UFA alemana…

—Usted… —jadeó Myrna, huyendo por la habitación, tratando ele eludir el ataque implacable al que nuevamente se lanzaba la señora Blackburn, enarbolando el hierro demoledor—. Era usted, no el pobre Konratz…

—¡Sí, yo! —Casi gritó ella, en el paroxismo de su peligrosa histeria—. ¡Yo, enfermera! ¡Yo soy el «Míster Macabro» que ustedes temen, el que destruye, el que mata…! ¡Yo, que debo ser más fuerte, mucho más fuerte que todos los demás! ¡Yo, que no debo temer a mi difunto esposo, que soy capaz de dominar a la vida y a la muerte sin miedo alguno, desafiando a las sombras de la noche! ¡Ese desdichado de Bela Konratz era sólo un payaso, un pobre pelele sin voluntad, que se creía realmente un genio estremecedor! ¡Enfermera Halloway, será inútil que trate de escapar de mí! ¡La destruiré! ¡La destruiré totalmente, como hice con los demás! ¡«Míster Macabro» es demasiado poderoso para ser vencido…, y YO SOY ahora «Míster Macabro», desdichada…!

De nuevo otro mueble cayó, desgajado por el impacto tremendo del hierro. Myrna escapó al golpe, con un leve grito de terror, mientras allá, en el corredor secreto, en el viejo y quizá olvidado pasadizo de otros tiempos, yacía un cuerpo sin vida, el cadáver de un infeliz, asesinado por aquella peligrosa demente que era ahora Belinda Blackburn, la viuda de Alexander Hartfield.

Una mujer enloquecida por un beso macabro a un cadáver corrompido…, por el miedo irrefrenable al regreso de un muerto desde ultratumba…, y por las drogas y medicinas de un médico que había ido demasiado lejos en sus experiencias profesionales. Con ella, y con sus pacientes. Con su esposa, con Bela Konratz, con los demás desdichados enfermos mentales de su victoriana residencia

de Hartfield Manor…

Ahora, su propia obra estaba en marcha y no podía ser destruida. Nuevamente, un monstruo había sido creado, involuntariamente, en nombre de la Ciencia. El error del hombre, al creerse superior a los demás, era patente, ante los ojos horrorizados de Myrna.

Aquella mujer que la perseguía, con fanático afán criminal en sus acciones, en su gesto crispado, ya no era Belinda Blackburn. Ya no era una mujer como las demás, sino el espectro de sí misma, el nuevo Frankenstein rebelándose contra su creador, convertido en una máquina destructora.

Del mismo modo que, durante sus falsos y largos períodos de sopor, iba y venía desde allí hasta el sanatorio mental, sin que nadie lo sospechara, a través del ignorado pasadizo secreto, convertida en su «otro yo» actual, en el «Míster Macabro» cuya personalidad adoptara con los afeites de otra persona y con su propia mente enferma, en su ser había llegado a surgir el Mal, el monstruo que todo ser humano lleva dentro. Y ya, desquiciada, ni siquiera conservaba en sí misma nada de la Belinda Hartfield de otros tiempos, de la mujer asustada, medrosa y llena de terror a las sombras de la Muerte.

Ahora, ella era el Terror. Ella era la Sombra. Ella era la Muerte…

Myrna, acorralada, sabiendo que nadie salvaría su vida en estos momentos, en la casa en tinieblas, en poder de aquel monstruo que ni siquiera recordaba ya su herida sangrante, de bala, dominado su dolor por el desquiciamiento total de su mente, trató de elegir el único camino viable para salvar su vida.

Y corrió hacia la puerta entornada. Hacia el acceso al corredor secreto donde yacía Bela Konratz, el auténtico «Míster Macabro» de otros tiempos, en las pálidas sombras silentes de una pantalla de cine mudo.

Correría hacia el sanatorio, en busca de ayuda. Ayuda del doctor Blake, del propio doctor Blackburn, si era preciso. Era su única salida, estando ausentes, como estaban en estos momentos, Nigel Casey y Matthew Hartfield.

Si Casey hubiera estado allí…

En él confiaba ciegamente. Era la única persona que le podía

devolver la confianza en salvarse, la fe en salir de aquella obsesionante pesadilla. Pero Casey no estaba allí, sino en una inútil caza, a través de la noche y del temporal, en pos de «Míster Macabro».

Un increíble «Míster Macabro» que ahora venía hacia ella, persiguiéndola hacia la boca sombría del siniestro corredor oculto tras los paneles de madera de la habitación señorial.

Myrna se adentró entonces en el corredor, sin importarle saltar por encima del cuerpo inmóvil y ensangrentado de Bela Konratz. Sin pensar, ni remotamente, que en aquella aparente vía de salvación pudiera existir algo peor todavía, más abominable y terrorífico que la propia presencia de Belinda Blackburn, con su trozo de metal mortífero en la engarfiada mano…

Myrna Halloway apenas si recorrió unos pasos del pasadizo, antes de ver bailotear ante ella unas luces.

¡Unas luces que venían hacia el dormitorio de la señora Blackburn!

Un leve grito de esperanza escapó de su garganta. Estuvo a punto de correr hacia esas luces, en busca de protección y ayuda contra la mujer enloquecida que la perseguía.

Pero fue entonces cuando esas mismas luces —lámparas y fanales en manos de personas que avanzaban por el corredor en sombras—, le revelaron la alucinante verdad.

Los cabellos de Myrna se erizaron ante el nuevo horror. Y, pese a su pánico, retrocedió.

Retrocedió hacia donde se hallaba la loca asesina, como un mal menor, ante el espanto que surgía ante ella, como la más alucinante de las visiones posibles…

Un ronco grito de horror escapó de su garganta.

* * *

Las figuras llegaban ya ante ella.

En procesión macabra, escalofriante, las formas humanas, iluminadas de modo fantasmal y tétrico por aquellas luces, recortaban sus sombras deformes, grandes y bailoteantes, en los sombríos muros del pasadizo secreto.

Belinda Blackburn, repentinamente inmovilizada, con los ojos desorbitados, contemplaba a aquella silenciosa legión que se movía hacia ella lenta, pesadamente. Pero con la seguridad implacable de

lo que no se puede dominar…

Myrna, cerca de la desdichada enferma, contemplaba también con angustia la nueva y escalofriante realidad. Ya sin temer siquiera a la mujer asesina. Porque ante ella aparecía algo todavía más peligroso, más atroz, más inquietante y amenazador…

—Dios mío, no… —Sollozó Myrna entre dientes, convulsa su bella cara por el terror—. No es posible… No pueden suceder cosas así…

Pero sucedían. Le estaban sucediendo a ella. A un terror inconcebible, seguía otro aún mayor, en el breve espacio de unos minutos.

Porque los seres que venían por el corredor, en hilera silenciosa y terrible, sus rostros crispados, sus ojos dilatados, sus bocas babeantes, sus miradas extraviadas, su expresión de alucinante estupidez mezclada con una rara luz de odio y de placer destructor…, ¡aquellos siniestros personajes ERAN LOS ENFERMOS MENTALES DEL DOCTOR BLACKBURN!

Todos los locos de la mansión. Todos los pacientes del psiquiatra…, ¡evadidos de su encierro, por vez primera a su libre albedrío! ¡Gentes que habían sufrido torturas, bajo los tratamientos brutales del doctor Blackburn, con sus mentes quizá más enloquecidas aún gracias a los experimentos desquiciados del médico y sus drogas, ahora venían hacia ellas dos, como una legión y monstruosa!

—Son los locos… —jadeó Myrna—. ¡Los enfermos del doctor, señora Blackburn! ¡Hay que hacer algo! ¡Ellos…, ellos parecen ahora muy peligrosos! No me gusta la expresión de sus rostros, de sus ojos… Mire, mire, señora Blackburn… Uno de ellos lleva su mano empapada de sangre…, ¡y no está herido! Algo espantoso sucede, estoy segura… ¡Cielos, hay que salir de aquí, escapar de ellos!

La señora Blackburn no se movía. No hacía nada. Alelada ahora, contemplaba a aquellos dementes, con la estupidez de quien no entiende muy bien lo que sucede, porque su propio cerebro funciona defectuosamente.

Sin embargo, para Myrna la cosa no ofrecía dudas. Y menos aún, cuando uno de los pacientes, el hombre alto, larguirucho y caballuno, de boca colgante y ojos desorbitados, cabellos

desordenados y expresión maligna, que capitaneaba a los locos evadidos, la miró largamente y meneó su deforme cabeza para hablar con torpeza pero con claridad escalofriante:

—No, enfermera Halloway… No hay salida para nadie… No escaparán…, como no escapó el doctor Blackburn, el maldito doctor Blackburn… Él ya no nos torturará más, nunca. Nunca…

—Cielos… —Se estremeció Myrna, en el paroxismo del pánico —. Eso no puede…, no puede significar que el doctor Christopher Blackburn, esté…, esté…

—¿Muerto? —El loco rió. Con una risa larga, hiriente, espasmódica y atroz. Luego, afirmó enfático, con una luz temible en sus ojos—: Sí, enfermera Halloway… Muerto. El doctor Blackburn está muerto… ¡Maldito sea él, malditos sean todos ustedes! ¡Ahora somos libres, enfermera! ¡LIBRES! ¡Y ahora podemos vengarnos de tanto sufrimiento, de tanto castigo, de tanto encierro…!

—Dios mío, no… No pueden hacer eso… —jadeó Myrna—. Yo nunca les hice daño. Me negué a los tratamientos del *shock*… No las golpeé ni dañé. No quise nunca administrarles drogas represivas…

—No importa, enfermera. Nada importa ya. Todos son nuestros enemigos. Y deben morir. Van a morir. Como el doctor Blackburn. Usted, la señora Blackburn…, el doctor Blackburn… ¡Todos!

—¡Noooo! —Chilló de repente la enloquecida señora Blackburn —. ¡No, cerdos, nadie puede matar a «Míster Macabro»! ¡Y, ahora, YO soy «Míster Macabro», señor de la Muerte, merodeador de criptas y cementerios! ¡Yo soy la Muerte!

Poseída de su papel, heredera perfecta del auténtico «Míster Macabro» de las antiguas películas mudas. Belinda Blackburn se precipitó sobre la jauría de locos, con su hierro en vilo.

Myrna, horrorizada, cerró los ojos, cuando la cabeza de uno de los enfermos crujió como un fruto maduro, y reventó bajo el impacto bestial del hierro arrancado de alguna verja del cementerio.

Pero eso fue lo único que pudo hacer Belinda Blackburn para defenderse de los que, como ella, no tenían ya sus mentes en un mundo de luz, sino en un eterno reino de oscuridad.

Porque apenas cayó fulminado el loco del cráneo roto, los demás se precipitaron sobre ella como una sola persona. Docenas de manos crispadas y rabiosas hicieron presa en sus brazos, en su cuello, en su

rostro… Uñas engarfiadas, ávidas de destrucción y sangre, se hincaron en los ojos de la infortunada mujer. Exhaló alaridos terribles, mientras forcejeaba, en medio de la jauría humana, y aquellos dementes la pisoteaban, herían y golpeaban, en una masacre horrible.

Myrna, con un grito agudo de terror, se precipitó hacia la salida del dantesco dormitorio, convertido en escenario de una tragedia sangrienta. La visión de una señora Blackburn con los ojos vaciados y sangrantes, con el rostro tumefacto e irreconocible, con la lengua hinchada, asomando entre sus labios amoratados, con el cuello retorcido por unas cuantas manos rabiosas, la acompañó en su carrera…, que se vio súbitamente cortada por la presencia de dos de los locos, cerrándola el paso ante la puerta misma de salida.

Ambos, con una increíble rapidez en seres retrasados mentalmente como eran aquéllos, habíanse apresurado a rodear la habitación para salirle al paso, imperturbables. Uno de ellos, era el hombre de faz deforme y ojos desorbitados. Su mueca burlona, no presagiaba nada bueno para la indefensa enfermera Halloway.

—No, preciosa… —jadeó con voz maligna—. No vas a salir de aquí, enfermera Halloway. Vas a morir como ella…

Avanzaron en dirección a Myrna. Retrocedió ella unos pasos…, sólo para sentir tras de sí el estremecedor roce de pies sobre el suelo de madera. Giró la cabeza. Un escalofrío sacudió su cuerpo.

Los asesinos de la señora Blackburn venían ya sobre ella, con sus manos manchadas de sangre, sus miradas extraviadas, sus muecas estúpidas y absurdas, de total inconsciencia del alcance de sus actos…

El horror de sentirse cercada, de saber que pronto su cuerpo sería también presa fácil de aquellas manos abominables, la sacudió en espasmos violentos. Desencajada, comprendió que no había salvación posible.

El cerco se estrechaba. Los locos la rodeaban. Iban a destrozarla. Ya extendían hacia ella sus garras crispadas…

Myrna gritó, gritó y gritó…

Pero sabía que esta vez, todo era inútil…

No acertó.

Por fortuna para ella, estaba en un error, al creer inútil todo esfuerzo.

De repente, un grito agudo, tras la puerta, respondió a sus chillidos de horror:

—¡Myrna! ¡Myrna! ¡Aquí estamos!

La puerta cedió violentamente. Los locos volvieron la cabeza, asustados. Un raudal de luz penetró en la estancia, cuando varios hombres asomaron, provistos de linternas y de lámparas.

Algunos de ellos empuñaban armas. Nigel Casey, al frente del grupo, chorreando agua de lluvia, era uno de ellos. Tronaron las armas de fuego. El revólver de Nigel disparó también.

Cayeron algunos dementes. Otros intentaron huir. El constable Duncan Bryans, de Wakegate, a quien sin duda halló Casey en su regreso a Hartfield, iba con los recién llegados. Le acompañaban hombres de armas también, quizá ciudadanos en busca de un mítico «Míster Macabro» capaz de aterrorizar a todo el vecindario.

Myrna sólo supo que corría hacia alguien. Y ese alguien era Nigel Casey.

Se abrazó a él, estallando en sollozos, rotos sus nervios por la tensión y el terror sufridos. Nigel la rodeó con un brazo, protector y firme. Seguía disparando. Los locos se batían en retirada. Los hombres del constable procedían a sujetarlos, a reducirlos nuevamente…

—No les dañen, si no es absolutamente preciso —oyó borrosamente la voz del constable Bryans—. Son sólo enfermos… Peligrosos, pero enfermos. No son responsables de sus actos. Es preciso encerrarlos de nuevo…, y que algún médico más sensato que el doctor Blackburn se cuide de ellos…

—Casey, el doctor Blackburn… —gimió ahogadamente la enfermera—. Él está…

—Lo sabemos —afirmó Nigel, junto a su oído—. El constable venía de la mansión cuando Hartfield y yo regresábamos. Estaba recorriendo la región, y se encontró una matanza en la casa… El resto es fácil de imaginar. Por fortuna, el doctor Blake aún vive. Puede que él sea capaz de tratar mejor a esos desgraciados, Myrna.

—Casey…, la señora Blackburn…, estaba loca. Enferma por las drogas… Ella…, ella era «Míster Macabro». Mató a Konratz…

Un breve silencio. Luego, la voz apagada de Casey, ya salvada la situación, mientras se la llevaba, dulce y suavemente de allí:

—Lo empecé a sospechar hace poco…, cuando estuve en el

cementerio y escapó… Entonces comprendí por qué…, por qué estaba también en el cementerio cuando yo llegué a Wakegate… Ahora, ven conmigo, criatura. Ven conmigo —la trataba más familiar, más íntimamente. Con ternura que hizo estremecer a Myrna—. Ven y trata de olvidar…

FIN



JUAN GALLARDO MUÑOZ. Nació en Barcelona el 28 de octubre de 1929, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal. Los primeros pasos literarios de nuestro escritor fueron colaboraciones periodísticas críticas y entrevistas cinematográficas, en la década de los cuarenta, en el diario Imperio, de Zamora, y en las revistas barcelonesas Junior Films y Cinema, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix.

Su primera novela policíaca fue La muerte elige y a partir de ahí publicó más de 2000 títulos abarcando todos los géneros, ciencia ficción, terror, policíaca, oeste, es sin duda alguna unos de los más prolíficos y admirados autores de bolsilibros (llegó a escribir hasta siete novelas en una semana).

Los seudónimos que utilizó fueron Curtis Garland, Donald Curtis, Addison Starr o Glen Forrester.

Además de escribir libros de bolsillo Juan Gallardo Muñoz abordó otros géneros, libros de divulgación, cuentos infantiles, obras de

teatro y fue guionista de cuatro películas: No dispares contra mí, Nuestro agente en Casablanca, Sexy Cat y El pez de los ojos de oro.

Su extensa obra literaria como escritor de bolsilibros la desarrolló principalmente en las editoriales Rollán, Toray, Ferma, Delta, Astri, Ediciones B y sobe todo Bruguera.

Tras la desaparición de los libros de bolsillo, Juan Gallardo Muñoz pasa a colaborar con la editorial Dastin. En esa etapa escribió biografías y adaptaciones de clásicos juveniles como Alicia en el país de las maravillas, Robinson Crusoe, Miguel Strogoff o el clásico de Cervantes Don Quijote de la Mancha, asimismo escribió un par de novelas de literatura «seria», La conjura y La clave de los Evangelios.

En 2008 la muerte de su esposa María Teresa le supone un durísimo mazazo pues ella había sido un sólido soporte tanto en su matrimonio como en su producción literaria. Es a ella a quién dedica su libro autobiográfico Yo, Curtis Garland publicado en la editorial Morsa en 2009. Un interesantísimo libro imprescindible para los seguidores de Juan Gallardo Muñoz.

Su último trabajo editado data de Julio de 2011 y es una novela policíaca titulada Las oscuras nostalgias. Continuó afortunadamente para todos los amantes de bolsilibros ofreciendo conferencias y charlas con relación a su extensa experiencia como escritor, hasta el mes de febrero del 2013 que fallece en un hospital de Barcelona a la edad de 84 años.